

REVISTA MODERNA

(ENCICLOPEDIA COLOMBIANA)

DIRECTORES:

Emilio Cuervo Márquez - Alfredo Ramos Urdaneta.

TOMO I = BOGOTÁ, FEBRERO DE 1915 = N.º 2.º

ASUNTOS SURAMERICANOS

DIGNOS de llamar la atención de los países que surgieron de la disolución de la Gran Colombia, son algunos de los hechos que en los últimos tiempos se han producido en la política internacional suramericana.

Hace dos años, cuando Méjico se debatía en medio de los horrores de la guerra civil, los gobiernos de la Argentina, del Brasil y de Chile ofrecieron sus buenos oficios como mediadores entre los bandos que se disputaban el dominio de esa importante República, ofrecimiento que, dicho sea de paso, fue mirado con indiferencia por el Gobierno de Wáshington y por los beligerantes mejicanos.

Más tarde, y de ello no hace mucho tiempo, el cable comunicó que esos mismos países, constituyendo el grupo denominado *A. B. C.*—iniciales de sus nombres respectivos—habían tomado la iniciativa, ante el Gobierno de los Estados Unidos, para estudiar los diferentes problemas que surgen de la situación que ha creado la guerra europea, en relación con el continente occidental.

Poco después se anunció también por cable, que como resultado de esa gestión había tenido lugar en Wáshington una reunión de los diplomáticos suramericanos, en la

cual el doctor Naón, Ministro de la Argentina, llevó la palabra e hizo una importante exposición acerca del objeto de la Junta, y que en seguida se nombró por unanimidad una comisión compuesta de Mr. Bryan y de ocho de los Ministros de Centro y Suramérica, la cual debía presentar los proyectos consiguientes; entre ellos, como es de suponerse, figuran en primera línea los de los países del A. B. C.; pero, hecho digno de anotarse, de ella no hicieron parte ni el Ministro de Colombia, ni el de Venezuela, a pesar de las circunstancias especiales que indicaban la conveniencia de que las repúblicas que tienen costas en el mar de las Antillas, tuvieran representación en una entidad llamada a estudiar asuntos de tan grande interés para ellas.

¿Qué causa ha podido motivar la exclusión del representante de Colombia? ¿Fue que se le irrogó un desaire, o fue acaso que por deplorable descuido de nuestro diplomático no se hizo presente y no hizo valer sus capacidades para figurar con brillo en esa comisión de indudable importancia internacional? No lo sabemos. Pero lo cierto es que por una u otra causa, la República ha quedado haciendo en este importante asunto figura poco lucida que contrasta con el relieve en que se han colocado las repúblicas del sur.

Es preciso reconocer que la formación del A. B. C. y su inteligente iniciativa en las gestiones apuntadas, constituye un hecho de indiscutible trascendencia para los otros países de Suramérica y principalmente para Colombia y Venezuela, no por la simple circunstancia de que se desarrolle en la extremidad meridional de la América un grupo internacional importante, sino porque en él se revela de manera clara la tendencia a tomar la dirección exclusiva de la diplomacia suramericana, con detrimento del prestigio y del buen nombre de los países del resto del Continente.

Si esa tendencia llegara a consolidarse y si, por consiguiente, el centro de la diplomacia suramericana se localiza exclusivamente en las regiones del sur, el equilibrio político del continente quedará definitivamente roto y las repúblicas bañadas por el mar de las Antillas verán mermar cada día más su importancia internacional, lo cual, sin duda, implica lamentable ceguera, y más en estos momentos, cuando en los países ubérrimos de América buscarán seguro refugio brazos y capitales que huyen de la tormenta de sangre y fuego que se ha desatado sobre la vieja Europa.

Por injustificable error de criterio parece que ni Venezuela ni Colombia se han dado cuenta de la evolución internacional que de años atrás se ha venido efectuando en el continente. La preponderancia diplomática que en los gloriosos tiempos de Bolívar y de los libertadores parecía ser el patrimonio de Colombia, con paso lento pero seguro ha ido emigrando hacia las repúblicas del sur. Ayer fue el Brasil el que obtuvo para el Arzobispo de Río Janeiro la púrpura cardenalicia destinada por la Santa Sede para la América Latina; hoy los Estados Unidos acaban de elevar a la categoría de Embajada su Legación en Buenos Aires. El grupo del A. B. C. toma en Wáshington la iniciativa de trascendentales cuestiones que interesan a todo el continente; y el doctor Naón, Ministro de la Argentina, hoy ya Embajador, es quien expone a la Junta de diplomáticos suramericanos los graves problemas en cuyo estudio y solución deben ocuparse. Entretanto, en la comisión que al efecto se nombra, y que es elegida por unanimidad, no figuran los representantes de las repúblicas que ilustraron Zea y Gual, Pombo y Michelena.

Cuán lejos de esta época de decadencia aparecen los gloriosos tiempos en que, apenas conquistada la independencia de Colombia, la gloria de sus guerreros y la habilidad de sus estadistas causaban la admiración de los

gobiernos europeos, quienes fijaban sus miradas sorprendidas en la naciente república, que surgía a la vida entre los destellos de Boyacá, de Carabobo y de Pichincha, y cuyo prestigio pesaba ya, de manera definitiva, en la balanza de los destinos americanos.

San Martín, el héroe del sur, decepcionado, más por la defección de los peruanos y por el poco o ningún entusiasmo que tenían por la libertad, que por las considerables fuerzas y los grandes recursos con que España contaba en el Perú, declina en el genio de Bolívar y en la fuerza de Colombia la ardua empresa de libertar el vasto y rico imperio de Manco Cápac.

El creciente prestigio de la República hace surgir en la mente del Libertador el grandioso proyecto del Congreso de Panamá, que la mayor parte de la América Latina acepta con entusiasmo, y sobre el cual se fija la atención de los estadistas europeos.

Colombia se convirtió entonces en el árbitro de Suramérica. Chile solicita su amistad. La República del Plata hace toda clase de esfuerzos, invoca razones de toda especie para obtener su alianza en la guerra que proyecta hacer al Brasil. Y al mismo tiempo don Pedro solicita que sea el Gobierno colombiano, más bien que una potencia europea, quien intervenga en el arreglo de las cuestiones que el Imperio tiene pendientes con la República de Buenos Aires.

La gloria de Colombia llega a su apogeo. El Libertador, desde la alta y desierta cumbre del argentado Potosí, rodeado de los vencedores de Ayacucho y acompañado por los Plenipotenciarios de las Provincias Unidas del Río de la Plata y por las altas autoridades de la nueva república que su genio acababa de crear y que ha tomado su nombre, mide las fuerzas de Colombia y de la América confederada, y fijando su mirada de águila en las profundidades de un horizonte infinito, da rienda suel-

ta a su poderosa imaginación y sueña con la libertad de Cuba y de Puerto Rico y con la República de las Filipinas!

¡Hermosos sueños que las pasiones desencadenadas habrán de desvanecer con la misma facilidad con que las nieblas de los Andes se barren y se desbaratan al soplo del huracán! Ya por entonces había comenzado a desarrollarse por los ámbitos de la América libertada la hidra de la discordia que en breve tiempo habría de acabar, no solamente con el prestigio y con el poder de Colombia, sino con la existencia misma de la nación.

Reservado estaba a otro pueblo, dotado de sólido y verdadero patriotismo, de la rectitud de criterio y de la seriedad en los procedimientos de que los colombianos carecieron, realizar en parte, y eso después de muchos años, los grandiosos proyectos de Bolívar.

La discordia que dio muerte a la república libertadora, se transmitió fatalmente a las naciones que en ella tuvieron origen. Consumidas por las pasiones y por las revueltas internas, devoradas por los celos y por mutuas rivalidades, su crédito ha venido a menos y su prestigio internacional ha disminuído considerablemente.

Por fortuna, parece que han puesto ya término definitivo, a lo menos la nueva Colombia, a la éra bochornosa de revueltas y de conmociones internas en que por tantos años se han agitado. Pero para restablecer su antiguo prestigio y para volver a ocupar el puesto a que tienen derecho en el concierto de las naciones americanas, es preciso que Venezuela, Colombia y el Ecuador rectifiquen las desviaciones que han sufrido en su política internacional, y que haciendo a un lado injustificadas rivalidades domésticas y celos de familia, procedan a unirse estrecha y cordialmente, con el objeto de constituir también un grupo internacional respetable, que restablezca el equilibrio diplomático en la América del Sur,

sirviendo de contrapeso al que se organiza en el otro extremo del continente, no para combatirlo, puesto que entre uno y otro no hay antagonismo ni colisión de intereses; lejos de eso, ambos grupos, guiados por unos mismos ideales, se entenderán con mayor facilidad para resolver satisfactoriamente los problemas suramericanos, y serán los árbitros de la paz y del progreso del continente.

Ante consideraciones de orden tan elevado deben desaparecer las diferencias que existen entre Colombia y Venezuela, para lo cual es necesario que en aras de su propio bienestar y de su futuro engrandecimiento, ambos países se hagan concesiones recíprocas y equitativas, en relación con lo que demandan sus intereses y sus necesidades comerciales.

Indispensable se hace ya llegar a un arreglo que ponga término a una situación de mutuas desconfianzas y de recelos indefinidos, que perjudican exclusivamente tanto a una como a otra república, pero de la cual se benefician, para debilitarlas y empequeñecerlas, los eternos émulos y enemigos del nombre colombiano.

Países hermanos, que por sus condiciones geográficas, etnológicas y comerciales se complementan y se necesitan recíprocamente, que están unidos por vínculos gloriosos que la historia tiene ya consagrados en sus más brillantes páginas, Colombia y Venezuela, aliados por la naturaleza y por la mano de Dios, lejos de buscar aisladamente apoyo en elementos extraños y quizás hostiles, deben persuadirse de que su fuerza principal reside en ellos mismos, en su alianza franca y sincera, mediante la cual pueden marchar con paso firme hacia el porvenir de prosperidad y de importancia continental que les señaló el genio de Bolívar.

CARLOS CUERVO MÁRQUEZ.

CÓMO SE VENIA DE ESPAÑA A CARTAGENA HACE DOSCIENTOS AÑOS

LA travesía de los océanos no se ha regularizado sino después de que el vapor se puso al servicio de la navegación, es decir, desde hace menos de un siglo. Pero mucho tiempo antes se habían creado líneas de comunicación con buques de vela, los cuales, en épocas más o menos fijas, transportaban de Europa a América el correo, los pasajeros y las mercancías.

Desde 1702 el Gobierno inglés había establecido comunicaciones regulares con paquebotes que, partiendo de Falmouth, hacían el servicio de las Indias Occidentales y tocaban en varios puertos del norte del continente americano. Esas líneas tomaron tal desarrollo, que la salida para los puertos trasatlánticos más importantes se efectuaba cada quince días. Por demás está decir que entonces se desconocían la rapidez, la comodidad y la modicidad en los precios de los viajes actuales: un paquebote de Falmouth gastaba cuarenta y cinco días por lo menos para llegar a Jamaica, y el precio de la travesía se elevaba a 1.400 francos. La regularidad dejaba mucho que desear, sobre todo en tiempo de guerra, porque los navíos eran botín muy codiciado por los corsarios enemigos.

Pero dejemos de lado los paquebotes para hablar de un servicio trasatlántico más antiguo y de naturaleza más primitiva, bien que tuviese la pretensión de ser contado también entre los servicios marítimos regulares. Queremos hablar de la *Carrera de Indias* o de la navegación que por medio de las «flotas de plata» mantenía las comunicaciones entre Cádiz y las posesiones españolas en América.

Se puede hacer remontar al año de 1561 el establecimiento de esta navegación como servicio regular, porque en esta fecha un real decreto ordenó que todos los navíos para América estuviesen reunidos en flotas que saliesen en épocas fijas y que fueran escoltados por buques de guerra. Al mismo tiempo se estipuló que todos los años dos escuadras debían partir de España, la una para Veracruz en la Nueva España, y la otra con destino a Tierra Firme, es decir, a las costas de las Repúblicas actuales de Venezuela, de Colombia y Panamá, con Portobelo como término. Con el tiempo las dos escuadras adquirieron la costumbre de navegar de conserva. Los bajajes de guerra se llamaban *galeones*, y como la escuadra de Tierra Firme se componía casi únicamente de navíos de guerra, recibió el nombre de *Los galeones*, mientras que la otra escuadra se llamaba la *Flota de Nueva España*. El conjunto de los viajes de la flota y de los galeones formaba la *Carrera de Indias*, o la navegación de Indias. Al principio, los buques de guerra no debían transportar mercancías, pero después se hicieron diversas excepciones a esta regla. Así, los metales preciosos debían, a la vuelta, ser embarcados únicamente en navíos de guerra. El mando de cada escuadra estaba confiado al *capitán general*, o al *general*, como se le llamaba comúnmente. Era nombrado por el rey, y, después de haber prestado juramento delante del Consejo de Indias, tenía que presentarse a la *Casa de la Contratación*, en Sevilla, para vigilar, de acuerdo con los miembros de la casa, el cumplimiento de todas las formalidades que debían presidir a la partida. El designaba uno de los navíos, la *Capitana*, a bordo del cual mandaba como jefe; su segundo, el *Almirante*, izaba su pabellón a bordo de la *Almiranta*; después de ellos venía el capitán de infantería de marina, el *gobernador del tercio*, que se embarcaba en uno de los galeones. El general nombraba los capitanes de los otros galeones.

La navegación estaba confiada a pilotos y a *maestros* que hubieran sido aprobados en los exámenes de la Casa de la Contratación, la cual hacía enseñar la navegación y examinar los instrumentos náuticos por un *piloto mayor* y dos *cosmógrafos*. Por último, todos los propietarios de los navíos y la gente de mar, tanto oficiales como tripulación que tomaba parte en la navegación de las Indias, formaban una corporación, la *Universidad de los Mareantes*. Ayudado por los jefes de esta asociación, el general debía, con exclusión de extraños, escoger las tripulaciones de la flota y de los galeones.

Al principio estaba prohibido servirse para la navegación a las Indias de otros bajeles distintos de los que estaban contruídos en los astilleros andaluces, pero cuando la tradición de la construcción naval se hubo perdido, se permitió el empleo de navíos contruídos en otras partes, reservando sin embargo la preferencia a los navíos andaluces.

Una vez adquiridos los navíos, se procedía a toda una serie de formalidades minuciosas. Los navíos debían estar sometidos a tres visitas sucesivas: la primera tenía por objeto asegurarse de que estaban en capacidad de resistir la navegación; se rectificaba su capacidad y se daban órdenes para el aprovisionamiento de víveres y armas. La segunda visita tenía por objeto asegurarse de si todas las prescripciones relativas a la tripulación, al armamento y a la carga se habían observado. La tercera, en fin, hecha en presencia del general, efectuábase inmediatamente antes de la partida para controlar las dos anteriores y asegurarse de que no había a bordo sino las mercancías registradas y de que ningún extranjero se había deslizado furtivamente.

El reglamento de la navegación no era menos detallado: a la cabeza del convoy iba la capitana, precedida de un pequeño velero rápido, encargado de reconocer la

vía; la almiranta venía de último, y entre las dos estaba alineado en orden de batalla el resto de la escuadra, con los bajeles de guerra listos para poder, en caso de necesidad, socorrer a los navíos mercantes. Por lo menos una vez al día debía el almirante hablar con el general y volver a su puesto a retaguardia. Una falúa estaba empleada en transmitir a los otros capitanes las órdenes del comandante en jefe. Se marchaba con prudencia extrema hasta la altura de las islas Canarias; antes de llegar debía hacerse nueva visita en los navíos, para el examen de la carga y de las tripulaciones, practicada por el general, o en su reemplazo, por el almirante. Si se encontraban mercancías no registradas o pasajeros no autorizados, particularmente extranjeros, se consideraban éstos como prisioneros, y en primera ocasión se enviaban a España, donde los aguardaba el castigo. Las mercancías eran confiscadas.

La partida de España se fijó al fin, después de larga moratoria, para fines de marzo los galeones y principios de abril la flota. En el siglo XVII se estableció la costumbre para facilitar su mutua defensa, de hacerles atravesar el Atlántico de conserva, bajo el mando en jefe del general de los galeones. Una vez la escuadra en Dominica, en las Indias Occidentales, la flota se separaba y, después de una escala en Puerto Rico, se dirigía a su destino, Veracruz, con las mercancías para Nueva España. Los galeones continuaban su viaje hasta Tierra Firme, enviando una falúa a la isla Margarita y a Riohacha, para recoger las perlas que se pescaban en esos parajes, y que luego se reunía a los otros navíos en Cartagena, primera estación de los galeones.

De allí partía un aviso para Portobelo mientras un mensajero iba, por tierra, a anunciar a Lima la llegada de la escuadra. Era la noticia esperada para mandar del Callao la *Armada del Mar del Sur* que transportaba la plata

del Perú a Panamá, donde caravanas de mulas recibían el metal, amonedado o no, para llevarlo a través de las alturas del istmo hasta Portobelo. Cuando, después de dos meses de descanso en Cartagena, los galeones llegaban, por algunas semanas se transformaba este sitio en feria que pasaba por la más rica del universo.

Terminada la feria los galeones volvían a Cartagena para cargar los productos que se habían reunido; de allí dirigían rumbo a la Habana, donde se reunían a la flota llegada de Veracruz, y por último las dos escuadras unidas regresaban pasando por el Canal de Bahama y a través del Atlántico. Después de una escala en Terceira, en el archipiélago de las Azores, para asegurarse de que las rutas europeas estaban libres de corsarios, el viaje se terminaba en Cádiz o en Sanlúcar, donde los bajeles eran recibidos por los funcionarios de la Casa de Contratación, y después de diferentes formalidades se recibían los cargamentos y se licenciaban las tripulaciones. El viaje completo, si todo había salido bien, se hacía aproximadamente en un año.

Durante el apogeo del comercio de las Indias, la flota y los galeones constaban, dicen, de cincuenta navíos, más o menos, con capacidad para 27.500 toneladas.

Aun cuando la comunicación, cuyas principales líneas acabamos de exponer, haya existido durante más de doscientos años, no poseemos hoy más noticia acerca de esos viajes sino los pocos detalles que han consignado algunas de las personas que tomaron parte en ellos. Así, nos ha parecido interesante reproducir la siguiente, que da un cuadro de las personas y de las cosas, muy diferente del de hoy.

La regularidad de los viajes de la flota y los galeones que se había logrado conseguir, fue esencialmente turbada a fines del siglo XVII, y, durante la guerra de sucesión de España, los viajes de las escuadras se suspen-

dieron por completo. No fue sino después del tratado de Utrecht (1713) cuando se restablecieron, y no de la manera regular de antes. Las colonias españolas estaban en tal situación, que era absolutamente necesario restablecer el orden. En el tratado, España obtuvo la confirmación de su derecho para ejercer sola el comercio con sus colonias y se trataba de excluir el contrabando extranjero, que durante la guerra se había apoderado del tráfico. Esta tarea, difícil por más de un concepto, fue confiada a un gentil-hombre napolitano: Carmine Niccolo Caraccioli, príncipe de Santo Buono, quien en 1712 fue nombrado virrey del Perú. Es a él a quien vamos a seguir en el viaje que emprende para entrar en posesión de su nuevo campo de acción.

El príncipe de Santo Buono vio confiscadas sus propiedades en Nápoles, cuando en 1707 ese país fue conquistado por los imperialistas contra los españoles. Era entonces embajador de España en Venecia, pero fue retirado de ese puesto en 1711. Se dirigió a la Corte de Madrid, donde fue objeto de diferentes favores, probablemente en compensación de las pérdidas sufridas a causa de su fidelidad al legítimo soberano. Llegó a ser grande de España y, como lo dijimos, fue llamado a servir el virreinato del Perú, cargo desempeñado en interinidad desde hacía largo tiempo, lo que había producido muchos abusos y llevado el desorden a la administración.

El nuevo virrey era seguramente un hombre honrado y estaba animado de las mejores intenciones; pero las cualidades de energía y prontitud no sobresalían en su carácter. Lo hallamos en abril de 1713 en Cádiz, listo a partir para la América, pero el viaje no se efectuó; tuvo que aguardar más de dos años y medio, y tan larga espera no dependió sólo de la irregularidad de las comunicaciones: hay noticia de que una flota ya lista en 1715 tuvo que esperar meses enteros antes de que el príncipe

hubiese terminado sus preparativos o encontrado la estación propicia.

El 9 de noviembre de 1715, habiendo recibido las últimas órdenes del Rey de España, se embarcó en la flota que debía conducirlo a las Indias Occidentales. Esta flota se componía de cuatro naves: la *Santa Rosa*, navío de guerra de 60 cañones, que el gobierno español había comprado en Génova, y tres navíos mercantes: el *San Carlos*, el *Cubano* y la *Ninfa*; el comandante en jefe era don Nicolás de la Rosa, conde de Vegafiorida.

El 12, una parte de la comitiva del príncipe se embarcó, y a la mañana siguiente apareció, en el muelle donde estaba amarrada la escuadra, una procesión de once padres capuchinos, que el rey de España enviaba a la provincia de Maracaibo para convertir los caribes. Poco después el príncipe llegó, conducido en una litera, porque un acceso de gota le impedía caminar. Iba seguido de su esposa, doña Costanza Ruffo, y de tres de sus hijos: dos hombres y una mujer.

El embarque se efectuó en presencia de una gran multitud, de la cual la mayor parte se preguntaba, no sin razón, si todavía no habría en último momento alguna nueva demora en el viaje tantas veces diferido. Cuando los navíos soltaron amarras, las baterías de la ciudad dispararon dos salvas en honor de la escuadra, y tres navíos franceses, bajo el mando de M. Martinet, hicieron también su saludo.

Marinet había entrado al servicio de España hacía un año con sus navíos y tripulaciones, y debía seguir la flota del virrey cierto tiempo, para ir en seguida al encuentro de la flota que regresaba de la Habana, y que se esperaba de un momento a otro. Esta espera fue bien larga, pues toda la flota pereció el 30 de julio en el Canal de Bahama.

Se pasó la noche en la rada, donde el virrey fue festejado con un concierto de violines, oboes y otros instrumentos, a bordo de un buque que Martinet había enviado; pero no debió darse mucha cuenta de esta serenata, porque en su navío reinaba el mayor desorden: se trataba, en efecto, de conseguir puesto para la numerosa comitiva y el estorboso equipaje del virrey. La noche se pasó en trasbordar 600 toneles de vino y gran cantidad de agua a bordo de un navío mercante, el *Caballo Marino*, fletado para acompañar la escuadra hasta las Canarias.

En la mañana del 14 de noviembre se dio orden de levar anclas. A medida que los bajeles desfilaban delante del virrey, lo saludaban con el grito de «buen viaje», repetido quince veces por los marineros; la tripulación del navío *Almirante* respondía de la misma manera, pero solamente cinco veces.

El autor de la relación no encontró estos saludos muy alentadores: ellos le recordaban los peligros del viaje que iba a emprender y le inspiraron las más serias y cristianas meditaciones. Pronto vamos a ver que estos sombríos presentimientos no dejaban de tener su fundamento.

Hacia el medio día el navío *Almirante* aparejó también, y desde el día siguiente el mar comenzó a producir su efecto sobre los pasajeros. Las señoras de la comitiva del virrey yacían como muertas en el castillo de popa. El mismo día los navíos de Martinet se separaron de la escuadra para seguir su camino. Naturalmente, la etiqueta exigía en el momento de la separación una salva ruidosa de los cañones de una y otra parte. Ni el virrey ni el capitán francés sospechaban que algún día debían volverse a encontrar en circunstancias singulares: un año después, en efecto, Martinet recibió orden del gobierno español de partir para el Perú, a fin de poner término al contrabando francés, cosa que el príncipe de San-

to Buono no había podido conseguir. Martinet tuvo la buena suerte de lograrlo por un golpe audaz, y el 17 de septiembre de 1717 entregó al virrey en el Callao seis buques franceses que acababa de coger, así como su valioso cargamento.

Las vicisitudes del viaje comenzaron casi desde el principio. El 18 de noviembre no se habían andado más de ochenta y siete leguas desde Cádiz. La ración de agua se fijó en dos y medio *fogliette* por persona, lo que «inquietó y desoló a todo el mundo».

Algunos días más tarde se pasó revista a bordo. Se encontraron entonces más de trescientas personas fuera de las enroladas en la comitiva, y que habían podido embarcarse por la falta de vigilancia de los oficiales, o bien porque estos se habían dejado corromper. Lo último sucedía con mucha frecuencia en los buques españoles. Hasta se les tenía un nombre especial a esta clase de pasajeros: se les llamaba *llovidos*, es decir, gentes que habían caído como del cielo, y se comprende por este nombre que no eran tratados con demasiada severidad.

El almirante condenó a catorce, que no encontraron quien abogara por ellos, a ser desembarcados en las Canarias; pero el virrey, más indulgente, opinó con razón que de no desembarcar a todos los trescientos no había objeto en hacerlo con unos pocos ya que su navío podía contener más de mil pasajeros. Los funcionarios de la flota, por no perder sus ganancias, dejaron que el asunto pasara en silencio, aplaudiendo la clemencia del príncipe e improbando la conducta del almirante. Entre los dos altos personajes surgió de ahí un desacuerdo que no tardó en acentuarse.

El 23 de noviembre se divisó a Tenerife, pasando entre esta isla y la Gran Canaria. Con el deseo de contemplar el grandioso espectáculo de la cima nevada de Tenerife, subió el virrey al puente, seguido de dos obispos

que viajaban con él y que iban a sus diócesis del Nuevo Mundo, el obispo de Santa Marta, don Antonio de Monroy y Meneses, y don Juan de Llamas, obispo de Panamá. Como era natural, los demás pasajeros, para distraer la monotonía del viaje, siguieron el ejemplo del virrey y subieron sobre el puente, con lo cual estalló el mal humor del almirante. Con pretexto de hacer sitio a los personajes de importancia, se dio a distribuir bastonazos a izquierda y derecha, alcanzando, por desgracia, a maltratar a un sacerdote del séquito del obispo de Panamá. El prelado, sintiéndose ofendido, hizo alguna observación en términos corteses y moderados. El almirante contestó, sin respeto por la dignidad eclesiástica, con la amenaza de hacer otro tanto a cualquiera que contrariara su voluntad. Se trabó entonces una disputa acalorada, que llamó la atención del príncipe. Disgustado éste con lo ocurrido, abandonó su puesto y se encerró en su camarote.

Todavía logró el comandante despertar mayor descontento rehusando tocar en las Canarias para renovar provisión de agua y vino, decisión cuyas consecuencias no tardaron en ser manifiestas. Las raciones, que ya eran exiguas, se redujeron aún más, y la comida se hizo insoportable. El buque se convirtió en una academia de quejas, y se refiere que el desorden llegó hasta el punto de que el despensero, que era protegido del almirante, tuvo la insolencia de negar un vaso de agua al camarero del noble genovés Virginio Gritta. Como éste amenazara con quejarse al príncipe, fue tratado también de manera descomedida, y éste hubo de intervenir con su autoridad haciendo saber al comandante que correspondía a sus oficiales vigilar detalles que eran especialmente desagradables. Se castigó al culpable, pero el comandante, viendo a su protegido en cadenas, se fingió mortificado y a su turno se secuestró en su camarote. El nuevo despensero pidió autorización al día siguiente para aumentar la ración

de agua, tan descompuesta que muchos preferían el tormento de la sed. Sin embargo, el comandante tuvo la mal inspirada idea de rehusar rotundamente.

La continuación del relato no es sino variante de los sufrimientos que pasajeros y tripulación hubieron de soportar por el hambre y la sed, penalidades que se hacían más duras sabiendo que en los otros navíos distribuían pan fresco, vino y agua en abundancia, mientras que a bordo del buque *Almirante* tenían que contentarse con vinagre en vez de vino, tocino dañado y agua podrida. Jefes y oficiales, a quienes se servía en mesa aparte, no compartían, naturalmente, estas privaciones: para ellos era lo bueno que quedaba. El autor del relato dice que si no murieron todos de las enfermedades causadas por semejante régimen, se debió a que, al igual de Mitridates, habían ido habituándose al veneno.

Entretanto se entregaban a prácticas piadosas; los sacerdotes consolaban a los desventurados, cuyas torturas compartían, y el virrey daba el ejemplo soportando igual suerte.

El 6 de diciembre cayó alguna lluvia, pero tan menuda, que no hubo modo de recogerla en los recipientes; encogía el corazón ver a los infelices marineros chupar las velas humedecidas, y a los animales que había a bordo lamerse la piel. Entre éstos venían dos camellos enviados a Panamá por orden del Rey de España para propagar en América esa raza como medio de transporte. Tal disposición no revelaba grandes conocimientos de las leyes de aclimatación, y la historia guarda silencio sobre sus efectos para facilitar las comunicaciones.

Las diversiones eran muy raras y muy pobres: a veces una ballena agitándose entre el oleaje; la pesca ocasional de una o dos doradas, y las bandadas de peces voladores. No lejos del barco pasó una tromba que dio al

cronista oportunidad de observar que ingleses y holandeses disparaban cañonazos repetidos para desbaratar las columnas de agua y que los españoles y sus correligionarios recurrían a conjuros y exorcismos con el mismo objeto. No agrega qué sistema le parece más eficaz.

Las ceremonias religiosas se celebraban con regularidad cuando el mar no lo impedía, y la semana antes de Navidad se agregaron las llamadas *misas de aguinaldo*. La primera se efectuó el 16 de diciembre, acompañada de música vocal e instrumental. El duque de Castel di Sangro, hijo mayor del virrey, tocó un *solo* de flauta que lo hizo comparar al rey David.

Con más pompa aún fue celebrado el 19 de diciembre, aniversario del nacimiento de Su Majestad Católica. Habrían hecho apenas dos tercios del viaje. Se izó el grande estandarte, hubo disparos de cañón y salvas generales de mosquetería, y el príncipe asistió al festejo desde el castillo de popa, adonde no había vuelto a presentarse desde su altercado con el almirante.

El ruidoso homenaje al monarca era algo inoportuno en esos momentos. Aquella misma noche la princesa, quien ya había comenzado a sufrir por el movimiento del buque, dio a luz un *bellissimo bambino*, que era el décimo-cuarto hijo del virrey, y fue bautizado por el obispo de Santa Marta con el nombre de Giovanni.

El suceso fue recibido con manifestaciones de universal alegría, y ese nacimiento, el día de la fiesta del rey, se consideró como brillantísimo festejo a Su Majestad Católica. El día siguiente el virrey recibió las felicitaciones de los otros capitanes llamados a bordo del buque *Almirante*, ocasión que se aprovechó para conferenciar con los pilotos acerca del derrotero de la flota. Por causas que se ignoran, habían abandonado ya el proyecto de acercarse a la isla Margarita, y determinaron tocar en la Martínica, no tanto por la escasez de agua, aliviada con auxi-

lio de los otros navíos, cuanto por la urgencia de buscar una nodriza para el recién nacido, a quien mantenían entretanto con leche de una vaca negra y flaca.

No fue larga la alegría. La princesa pasó una noche agitada y amaneció con violenta fiebre, que inspiró la mayor inquietud a su médico, el señor Federico Bottoni, y al cirujano, el maestro Massano. Hacia medio día perdió la voz y luego el conocimiento, con desesperación de su esposo por cuya vida llegó a temerse. Por la noche la enferma recibió la extremaunción, y al otro día, 21 de diciembre, murió, a los treinta y cinco años de edad y veintidós de matrimonio.

Siguieron navegando con banderas a media asta y disparando cada media hora un cañonazo, que era contestado por algún buque del convoy.

El cirujano embalsamó el cadáver, que fue colocado en un ataúd y puesto en lugar apropiado. Durante estos tristes preparativos se desencadenó un vendaval furioso, como si los elementos reclamaran los despojos mortales. La tempestad y la lluvia continuaron los días siguientes, y la violencia de los movimientos impidió la celebración de la misa.

El 24 los capitanes y pilotos de todos los buques se reunieron para averiguar qué distancia los separaba de la Martinica, sin que las opiniones concordaran. El piloto del *Cubano* decía que faltaban ciento cuarenta leguas; el del *San Carlo*, que ochenta; el primer piloto del buque *Almirante*, que ciento treinta y cinco; el segundo piloto calculaba ciento, y el capitán, ciento ochenta; diferencias que prueban la instrucción deficiente de los marinos españoles. No hay que asombrarse, sin embargo, porque el arte de calcular las longitudes náuticas era todavía problema por resolver. De todas, la opinión más aproximada fue la del primer piloto.

Los pasajeros, ocupados por unos momentos con otras ideas, volvieron a preocuparse de su subsistencia. El día de Navidad se habían preparado para una modesta comida ofrecida por el mayordomo, pero el comandante, siempre avaro, lo impidió. Quedaron hambreados, y el número de bocas se vio aumentado en esa fecha con la venida al mundo de una niña, hija del médico del virrey. Por la tarde alguien anunció tierra, y el virrey le dio su gratificación por la buena nueva. Resultó ser una falsa alarma, y sólo columbraron la Martinica el 29 de diciembre. Un viento contrario impidió entrar al puerto, y estaba a punto de estallar serio motín cuando vino a calmarlos copiosa lluvia. Un joven de Cádiz, enloquecido por la privación, se tiró al mar en los delirios de la fiebre.

El primer día del año de 1716 cesó la lluvia, y el capitán del *San Carlo* subió a bordo para disponer el trasbordo de agua al buque *Almirante*. El capitán conducía también dos obispos entre sus pasajeros, lo que motivó nuevas desazones, porque enviaron a sus colegas de Santa Marta y Panamá una carta en que exponían sus escrúpulos para celebrar el santo sacrificio con hostias traídas desde Cádiz, y aunque la respuesta desvanecía tales dudas, decidieron posponer la misa para cuando llegaran a puerto.

Escaso interés ofrece la continuación del viaje. Quisieron descansar en la isla de Curazao, pero, a vista de tierra, los pilotos no supieron dónde se encontraban. Llevados por vientos amigos, en la mañana del 6 de enero divisaron la Sierra Nevada de Santa Marta, y el 9 entraron al puerto de Cartagena después de una desgraciada maniobra que estuvo a punto de serles funesta. Cincuenta y seis días había durado la travesía.

Espléndido recibimiento hicieron al príncipe y a su séquito las autoridades de la ciudad, y pasajeros y tripulantes volvieron a comer a su sabor, gracias a las abundantes provisiones que les suministraron los cartageneros.

No faltaron tumultos a la hora del reparto, y luégo hubo acción de gracias a la Santa Virgen por haberlos salvado de tantos azares y congojas. La misa fue solemne y se dejó oír el invariable cañón.

El cronista termina diciendo que los restos de la princesa fueron trasportados a tierra, en secreto, la noche del 13, para ser sepultados, con la debida pompa, al otro día, en la capilla de Santa Teresa.

El príncipe de Santo Buono entró solemnemente a Lima el 5 de octubre de 1716, nueve meses aproximados después de su salida de Cádiz. Por ese tiempo los filibusteros franceses, sin contratiempo especial, llegaban al mismo destino en plazo parecido, habiendo doblado el cabo de Hornos. En nuestros días, la travesía que hace doscientos años implicaba tanto peligro, demora y dificultades, se realiza en pocas semanas por Panamá.

E. N. DAHLGREN

Director de la Biblioteca Real de Estocolmo.

POEMA DE UNA NOCHE DE AMOR

RESUMEN DE LOS CAPÍTULOS PUBLICADOS:

En una noche de verano en que la luna resplandece sobre Nápoles, Juan, a quien la soledad entristece, invita a su hermosa vecina María, que, como él, respira el fresco en el balcón, a dar un paseo en la ciudad. Una barca los lleva a Pausilipo. Luego conversan, sentados uno al lado del otro, en la baranda de la terraza que domina el golfo. El, a un tiempo mismo cortés, irónico, conmovido. Ella, esforzándose por ocultar intensa emoción. De pronto Juan besa la mano de la joven y la conserva entre las suyas como si ya nunca pudiera abandonarla.

María callaba.

—¿Por qué no usa de aquellos brazaletes de oro y plata en forma de aros, que suenan como campanillas a cada movimiento del brazo? Son bonitos, ¿verdad?

Ella lo miró con asombro, como si oyese la música de la voz y no comprendiera el sentido de las palabras.

—Son muy bonitos, continuó. Si me lo permite, le obsequiaré uno. A mí me gustan mucho.

Juan estrechaba la manecita, como si quisiese atraer el alma y el cuerpo de la joven: alma y cuerpo palpitantes y sin defensa. María había apoyado la cabeza en el hombro de Juan y cerrado los ojos. Este, suavemente, pasó su brazo en torno de su talle, como para sostenerla.

—¿Queda bien así? preguntó Juan en voz baja.

Ella asintió con un movimiento de cabeza.

—No duerma, María. Dicen que se vuelve loco el que duerme a la luz de la luna.

María sonrió de manera enigmática. Y en la dulzura del silencio infinito, en la íntima voluptuosidad del casto abrazo, ella sentía vagamente que la mano de Juan temblaba en la suya, y que su respiración se aceleraba. El tiempo huía sobre las dos cabezas que se juntaban, sobre las manos enlazadas, sobre sus cuerpos inmóviles. Entretanto María se lanzaba en un ensueño interminable: besos, tenues como soplos, se posaban en sus manos; dedos lánguidos le acariciaban el cabello; aspiraba un perfume como de flores marchitas; una voz enamorada repetía obstinadamente su nombre. . . . Ensueño iluminado por una luz de plata en un paisaje divino, acompañado por las nocturnas palpitations del campo y por el espasmo marino, bajo la claridad de la luna. Y Juan, sintiendo sobre sus hombros el peso del cuerpo grácil e infiltrarse en su alma la seducción de su adorable compañera, luchaba por dominar el encanto inmortal que encierra la belleza de la mujer y la belleza de las cosas; la inocencia de la juventud y la solemne pureza de la noche, a la orilla del mar. El, que había vivido la vida, amado y sufrido, no quería soñar: pero tras los párpados de María, o en sus ojos preñados de dulzura, si lo miraba, comprendía que el eterno sueño de amor y el poema de esta noche de verano tendían su red de plata sobre el alma de la joven en éxtasis. A intervalos, cuando la fascinación de su candor y de su gracia se hacía más imperiosa, Juan sentía también que su razón vacilaba y que su corazón, débil ahora, palpitaba como cuando se ama. Trató entonces de dominar su peligrosa emoción.

—¿Todavía duerme? preguntó en tono de broma.

No reconoció su voz. ¿Quién, entonces, había pronunciado esas palabras? . . . María movió la cabeza y sonrió con expresión tan tierna, que sin poder dominarse, Juan murmuró a su oído:

—Vámonos; la luna nos enloquece, a usted y a mí. . . .

—No, todavía no. . . . murmuró ella en la inocencia de su pasión.

Todavía no. . . . Juan inclinó la cabeza. Devorando las palabras que subían a sus labios, no queriendo ceder a la ternura infinita que emanaba de su cuerpo y de la naturaleza toda, ni volvió a aspirar el perfume de sus cabellos ni acarició más su mano. Juan comprendía que en estos instantes ella soñaba el sueño único y supremo, a la luz de la luna propicia. También él, a pesar de su edad, de su experiencia y del hondo secreto que dormía en su alma, sentía de nuevo, por la fuerza misteriosa del amor que renace de sus cenizas aun en los corazones que la pasión asoló, apoderarse de su fantasía el ensueño peligroso y divino. Disminuyó entonces la presión de su brazo alrededor del talle de María, y abandonó su mano: tan sencillo movimiento implicaba para Juan una de las más dolorosas renunciaciones de su vida. Ella comprendió. Irguió entonces el busto, el rostro tan pálido, que se diría que la luz de la luna se había infiltrado en su sangre.

—¡Vámonos! exclamó saltando a tierra y volviéndose para saludar por la vez última el campo, el mar y el cielo.

Caminaban rápidamente, uno al lado del otro, sin darse el brazo. Juan sentía frío y deseaba hallarse en su casa. El camino era largo, lo que no advirtió cuando venía. A cada recodo miraba ansiosamente hacia la ciudad. María lo observaba al descuido, caminaba de prisa también, sin atreverse a hablar. El dijo:

—Ojalá encontráramos un coche.

—Ojalá, repitió María.

Pero no lo encontraron. La hora era avanzada. Las villas dormían silenciosas. El camino de Pausilipo aparecía desierto. La luna descendía hacia el horizonte y prestaba al paisaje un aspecto espectral. Juan vio que la joven, temblorosa, se envolvía en su manteleta.

—¿Tiene frío?

—Un poco.

—Es natural. Nos hemos quedado mucho tiempo allá... María no respondió. Avanzaba mirando el piso.

—¿Tiene miedo?

—Sí, francamente.

—¿Y, de qué?

—De todo. . . . El camino está solo. . . . Los árboles parecen espectros. . . .

—Más miedo deben inspirar los hombres que los fantasmas.

—Cierto es, dijo ella con humildad.

También él, quizás, ante el espectáculo de la campiña solitaria, en la cual aquí y allá se abrían las inmensas bocas negras de las grutas de piedra esponjosa, sentía un escalofrío. Ambos experimentaban el malestar de quien pasó una noche en vela, presa de mortal congoja moral o física, y que al amanecer, fatigado por la vigilia, se siente desgraciado, descontento de sí mismo y de las horas perdidas. Ese estado de alma morboso continuó hasta la aduana de Pausilipo. Allí paraba un coche de punto, uno de aquellos vehículos que prestan servicio en la noche, viejos y dislocados, uncido a un caballo desmedrado y cojo. El animal y el postillón dormían. Apenas despertaron cuando Juan y María subieron.

—A Monte di Dio.

El cochero, a medio dormir, preguntó si debía bajar la capota.

—Sí, hace frío, respondió secamente Juan.

La travesía se efectuaba con lentitud, a causa de que el caballo se detenía a intervalos; luégo seguía cojeando, a trote corto y vacilante. Juan y María callaban; pero ella sentía pasar el tiempo y a cada instante su mirada interrogaba a su compañero. En verdad, sentía necesidad de saber; quería obtener respuesta a la muda pregunta que fermentaba en su alma desde que se hallaron solos, en

las calles de Nápoles primero y luego en el mar y bajo de la luna. En silencio, en la sombra, sus ojos imploraban la palabra deseada. El, a su turno, adivinando la súplica de aquellos ojos que imploraban un poco de amor, esquivaba la respuesta y aparentaba un aire distraído. María comprendía bien que su vida sería eternamente incompleta si Juan no hablaba. El tiempo pasaba; los minutos huían. El carruaje recorría los mismos sitios que vieran en las primeras horas de la noche. ¡Y él callaba!

—¿Qué le pasa? se atrevió a preguntar.

—Estoy algo fatigado.

—¿Ha estado aburrido? dijo con timidez.

—Bien sabe usted que no. ¿Por qué, entonces, preguntarlo? respondió secamente.

Ese tono de frialdad la sorprendió. Sin embargo, después de breves instantes de silencio, no pudo menos de murmurar, con toda la amante ternura que rebozaba en su alma:

—Juan. . . .

¿Qué terrible efecto esa voz y esa sola palabra produjeron en él? ¿Qué recuerdos despertaron en su memoria atormentada? Es lo cierto que Juan se incorporó como si quisiera abrir la portezuela y huir la caricia de un aparcido. Luego cayó sobre el asiento y dijo débilmente:

—María, si usted me ama, nunca, jamás vuelva a llamarme así, ni a pronunciar mi nombre, se lo ruego. . . .

Ella no había comprendido sino las primeras palabras. Sonrió entonces, con lágrimas de alegría.

Habían llegado. Subieron rápidamente la escalera, uno detrás de otro. En el descanso se detuvieron antes de separarse. Apoyándose contra el muro, agotada, rendida, ella lo interrogó una última vez con la mirada. Juan, confuso, la saludó, y se despidieron. Las puertas se cerraron sordamente.

Hacía frío. El alba despuntaba. La noche de verano, la noche de amor había terminado.

II

Durante el mes siguiente, Juan y María se volvieron a ver; pero cada vez por algunos minutos. Cuando en la mañana Juan se asomaba al balcón, la veía que trabajaba detrás de la celosía; y en el rubor de su rostro comprendía que lo esperaba. En la noche, cuando subía a su departamento, ella solía estar de pie ante la puerta entornada, y entonces cambiaban algunas palabras. Dos veces, dominado por el encanto irresistible de su juventud, fue a hacerle visita; creía poder estarse corto tiempo, y sin embargo se retardaba a su lado, atraído por su gracia ingenua y profunda. Juan la trataba con tierna cortesía, en donde se adivinaba una parte de reprimida sensibilidad; entonces veía brillar tanta gratitud en sus hermosos ojos, que se esforzaba por que sus maneras aparecieran cariñosas. . . . Pero hé aquí que apenas las primeras lluvias de septiembre hubieron disipado el calor del verano, Juan desapareció por varios días. María lo esperó en vano, ansiosa, impaciente, desgraciada. Al fin una noche lo vio entrar; pero no se atrevió a llamarlo, hasta tal punto el rostro del viajero le pareció sombrío. Sin fuerzas para esperar, se aventuró a ir y tocar muy suavemente en la puerta de su departamento. El sirviente la introdujo a la biblioteca. Inclinado sobre el escritorio, bajo la pantalla de seda roja, Juan escribía. Aparecía grave y pensativo; a intervalos interrumpía su trabajo y reflexionaba, el lapicero de oro apoyado en los labios. Durante una pausa alzó los ojos y vio a María.

—¿Es usted? ¡Qué casualidad! exclamó poniéndose de pie y estrechándole la mano. En este instante. . . le estaba escribiendo.

—¿A mí? . . .

Había tomado asiento a un lado del escritorio, y muy pálida miraba a Juan.

—¿Me escribía usted? ¿Para decirme qué?...

—Por nada, dijo él con cobardía.

Luégo, avergonzado de su mentira, añadió rápidamente:

—Para decirle adiós. Me voy.

—¿Se va? exclamó María incorporándose.

—Sí, me voy.

—¿Por corto tiempo?

—Por mucho tiempo, al contrario.

—¿Cuánto?...

—Cuatro, cinco o seis años.

—¡Oh! balbuceó María, cerrando los ojos como si se desvaneciese.

Juan estaba horriblemente pálido, pero dominaba sus nervios.

—¿Y a dónde va? preguntó jadeante.

—A Viena.

—¿Tan lejos, tan lejos? murmuró con voz empapada en lágrimas.

—Sí, dijo Juan con tono indiferente. Es lejos.

—¿Y esa idea... y esa partida no lo apena?

—No, respondió brutalmente, confiado en curarla por su crueldad y su injusticia.

María apoyó un brazo sobre el escritorio, y cubriendo los ojos con la otra mano, lloró amargamente con gruesas lágrimas, que corrían sobre las mejillas y el cuello como gotas de lluvia.

—Pero, ¿por qué llora usted? preguntó impaciente.

Hizo ella señal de no interrogarla, y continuó llorando en silencio.

—Sin embargo, no veo que alguien haya muerto...

—Sí, alguien ha muerto, alguien ha muerto! replicó María ahogada en sollozos.

Y alzando la cabeza, con la sagrada audacia que da la pasión, exclamó:

—¡No se vaya, Juan! ¡Yo lo amo!

—No merezco ese amor, María. Hace usted mal en amarme.

—No es culpa mía. ¡Yo lo amo! ¡No se vaya!...

—Soy viejo y estoy fatigado. Mi deber me llama a otra parte.

—¡Qué importa! ¡Si debe usted irse, iré con usted!

—Querida María, su cabeza está débil....

—¡Ay de mí! Perdida la tengo desde la otra noche, gimió con acento desesperado.

—¿Desde qué noche?....

Juan se arrepintió de su pregunta. Presa de un acceso de desesperación, María estalló en sollozos. Retorciéndose las manos, exclamaba:

—¡Señor Dios! ¡Lo ha olvidado todo!... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dice que no recuerda!...

Aterrado del mal que había hecho sin saberlo, no encontraba palabras para consolarla.

Y asombrado y triste, arrepentido y enojado, dejaba delirar a la joven, comprendiendo la profundidad de ese dolor, sintiendo por segunda vez pesar la fatalidad del amor sobre su propia vida.

Luégo, sin poder dominarse, fue a su lado, le tomó las manos y la llamó por su nombre. Una ola de ternura ahogó entonces el alma de la desgraciada.

—Juan, Juan.... ¿por qué me abandonas? ¿Por qué te vas? decía suplicante, con dolor que inspiraba piedad. ¿Cómo puedo quedarme sin ti, cómo puedo quedarme sola, puesto que te amo? Juan, no te vayas, ten compasión de mí....

—María, cálla, no llores, no me digas eso.....

Y estrechándole las manos, la miraba en los ojos como para imponerle su voluntad.

—Juan.... Juan.... murmuraba dulcemente, como si una esperanza surgiese en su naufragio.

—Si es verdad que me amas, dijo Juan, debes prometerme una cosa....

—La prometo.

—Es preciso no llorar y que me escuches con paciencia y resignación.

—Lo prometo, balbuceó.

—Te repito y debo repetirte que haces mal en amarme: no soy digno del tesoro de tu belleza y de tu corazón. No tengo pasión, ni ilusiones, ni juventud.... Lo sé todo, lo conozco todo. Como Fausto, tengo cien años y no existe la Margarita que pueda resucitarme. Convéncete, María, yo soy un hombre concluido. ¿Por qué te has enamorado de mí?

—Porque....

—¿Por qué razón?

—Porque.... repitió María sin atreverse a descubrir su pensamiento.

—Concluye, te lo ruego.

—Porque yo creía.... sí.... yo creía que me amabas....

—Te engañabas: nunca te amé.

—¡Nunca!.... repitió la desgraciada como un eco.

—¿Cómo pudiste imaginar semejante cosa, María? ¿Es decir que no conoces lo que es el amor?

—Lo creí.... lo creí.... ¿qué quieres? ¡lo he creído! exclamó ella abriendo los brazos en ademán desesperado.

—Es triste: ignoras la vida.

—Quizás.... quizás tengas razón, contestó ella con la humildad de los vencidos.

E inclinando la cabeza, queriendo encontrar una excusa a su locura, buscando una luz de esperanza en sus recuerdos, evocó de nuevo el poema de amor a que habría de vincular su vida. Hondo suspiro ensanchó su pecho, y dijo:

—Sin embargo, en aquella noche me amaste, Juan....

—Siempre amamos a la mujer que se halla a nuestro lado, dijo él en voz baja y sonriendo.

—¿Quienquiera que ella sea?

—Sí.

—¿Y después?

—Después, se la olvida.

—¿Y ella?

—Si es razonable, goza del instante fugitivo, y lo recuerda luégo sin pesar.

—¿Y si ella ama? ¡Responde! ¿Si ella ama?....

—María, me has prometido calma....

Se había puesto de pie y hablaba con agitación

—Qué puedo yo comprender de vuestra hipocresía social, de vuestra buena educación mundana: se la llama «buena educación» ¿verdad? Soy una infeliz exaltada y sin mundo, que cometía la locura de amarte desde antes que me hubieras suplicado acompañarte en esa noche.... Y no se pronuncian las dulces palabras que pronuncias- te a mi oído si no existe un poco de amor. ¿Recuerdas la barca?.... Durante una hora me llamaste en voz baja, como si para ti solo existiesen en el mundo las sílabas de mi nombre. Y luego, en la oscuridad de la gruta de Donn'Anna, ¿te acuerdas que me tomaste las manos y que las oprimiste largamente, como si me hicieras una pregunta?.... A ella respondí afirmativamente, apretán- dote la mano. No puedes olvidarlo; en cuanto a mí, ese recuerdo me estremece todavía. Y después, cuando te di las florecitas, las besaste primero, porque yo las había tocado con mis labios y luégo las guardaste en la car- tera.... ¿por qué?.... ¿Las tienes ahí todavía? Yo con- servo la florecita de jazmín que me tiraste al balcón, en esa noche. Y luégo, me besaste el brazo, lenta y dulce- mente, con lentitud de que moría.... Apoyé la cabeza en tu hombro y me abrazaste el talle.... Después, en si-

lencio, soñaste a mi lado, ambos soñámos allá en el Paraíso, en nuestro Paraíso. . . . ¿Cómo poder olvidarlo? . . .

—Existen muchas cosas que sin ser amor se parecen al amor, dijo Juan con frialdad. La noche está clara, el mar cercano; el corazón se abre a la poesía natal y a nuestro lado camina una deliciosa amiga: ¿quién deja entonces de pronunciar un nombre, de guardar una flor o de dar un beso fugitivo? Desgraciado de quien deje pasar, sin recogerlos, esos pequeños placeres del alma y de los sentidos: placeres castos que no hacen derramar lágrimas ni crean dramas sangrientos, y que en cambio nos dan instantes exquisitos. El amor se compone de angustias y de agitaciones, de lucha diaria, de celos crueles, de deseos insaciables, de melancólicas decepciones. Eso de que me hablas es, al contrario, cosa amable y sonriente que perfuma el recuerdo y que pasa sin dejar heridas difíciles de cicatrizar: ternura, simpatía, el eterno femenino, un sentimiento delicado que no crea lágrimas, ni dolor, ni sufrimiento. . . . El amor, María, es un incendio, es el vértigo, y por último la muerte! ¡El cielo la preserve del amor, María!

—Estoy perdida entonces, porque lo amo sin esperanza, dijo María con voz seca y rápida.

En tanto que Juan hablaba, con voz calmada y poniendo en sus palabras un tono irónico que las hacía más amargas y que mostraba su triste experiencia en asuntos de amor, ella sentía desvanecerse sus ilusiones y que una distancia insalvable los iba separando, como si ya él hubiese empezado su viaje hacia los helados países del norte. Aquellas palabras que destruían sus esperanzas se grababan de manera indeleble en su memoria, acompañadas del tono sarcástico y despectivo con que eran pronunciadas. Lamentable trabajo de destrucción se efectuaba en su alma. La voz incisiva y mordiente apagaba la ciega confianza que había acompañado su ensue-

ño. El beso, la flor, la voz temblorosa, la caricia... todo había sido ilusión, todo había muerto, todo había terminado.... Fría luz alumbraba su alma. Juan tenía razón: el poema de aquella noche, bajo la luz de la luna de estío, era sin duda cosa bella y amable, pero que debía olvidarse inmediatamente para recordarlo luego, en la vejez, con algún placer y hasta con gratitud. Ahora veía claro. La ciencia de la vida caía sobre ella de un solo golpe fulgurante y preciso, como el del hacha que corta una mano. Su corazón sangraba: veía la verdad y se sentía perdida.

Juan callaba. Sentado ante el escritorio volteaba en la mano el cortapapel de marfil. Su rostro se había descompuesto. Fingía serenidad, pero comprendía que la crisis no había terminado, lo que lo hacía sufrir, tanto por él como por ella. Las tempestades de su vida pasada le daban fuerza para el combate del momento. La joven, muda y soñadora, parecía haber agotado el amargo cáliz. Se puso en pie, como para decir adiós. Fue hacia la ventana y apoyó la frente contra el vidrio. Pasaron largos minutos. Luego fue al lado del escritorio y tomó asiento. A intervalos pasaba por la frente la mano nerviosa.

Juan la observaba con ansiedad. El combate empezaba de nuevo.

—Y... ¿piensa siempre en irse? preguntó esforzándose por afirmar la voz.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Mañana temprano, o quizás esta noche. Esta misma noche, es lo mejor.

—Sí, es lo mejor, dijo ella con distracción. ¿Es decir que si yo no hubiera venido no se habría usted despedido de mí?

—Estaba escribiéndole....

—¿Permite usted que vea?

Juan le extendió el papel, que contenía estas líneas:

«Querida María:

«Me veo precisado a abandonar esta hermosa ciudad y a marchar a un país frío e ingrato. Parto con el corazón lleno de gratitud por su bondad; y al decirle adiós, le ruego me ame un poco, desde lejos, en cambio de todo el afecto que siento por usted....»

*
**

—¿Cómo puede usted mentir así? exclamó alzando la cabeza.

—Digo la verdad. Yo la quiero a usted mucho y siento por usted verdadero afecto.

—¿Y se va usted?

—Me voy: es necesario.

—No comprendo, murmuró María ocultando el rostro entre las manos:

Así permaneció largo tiempo. Luégo se puso de pie y se acercó a Juan. Su expresión de ansiedad y de angustia inspiraba piedad.

—Es verdad, Juan. Usted no tiene la culpa; de nada puedo acusarlo. Usted no me ha engañado. La sola culpable soy yo, lo confieso, de haberme forjado una loca esperanza. Sin embargo, yo lo amo, Juan. Imposible es que me arranque ese amor ni que pueda quedarme aquí, sola, cuando usted se va tan lejos. Créame, yo moriré; jamás he mentado: yo moriré. Perdóneme, pero mi destino es amarlo. Escúcheme: permítame que lo acompañe. Usted se va solo y triste; allá no tiene ni parientes ni amigos. Yo no dejo aquí nada. Puedo disponer de mi persona y de mi vida... Usted dirá que soy su hermana, su sobrina, su sirvienta... lo que usted quiera. Nadie me verá, no saldré, no iré a la iglesia, renunciaré al mundo, a Dios,

a todo, con tal de que usted me lleve. . . . No importa que no me ame: yo lo amo y estaré a su lado. Si usted me trata mal, no importa. Seré dulce, paciente, resignada. . . . Quizás—y vea que no le oculto mi esperanza más secreta—quizás puede usted llegar a amarme. Permítame que llegue esa hora estando a su lado, en la sombra, humilde y pacientemente, esperando con la fe de los antiguos mártires. Permítame que le entregue mi existencia, Juan. Cuando esté triste reiré y cantaré para usted solo; o callaré siempre, si es su deseo. . . . Tal vez nunca me ame usted, pero yo lo amaré siempre. ¡Ah! No diga que no, Juan. Si en la noche encuentra en la calle un perro abandonado que lo sigue, usted no le da de puntapiés, ¿verdad? Entonces, ¿por qué me rechaza? ¡Sea bueno, tenga piedad, no me lance a la desesperación! ¡Tómeme! ¡Quiero morir a su lado, y no aquí tan sola, tan sola! . . . Por caridad, lléveme, Juan. . . .

La desgraciada cayó de rodillas, la cabeza entre las manos.

—¡María, por Dios! ¿Qué hace usted? exclamó Juan tratando de levantarla.

—No, aquí quedaré a sus pies, de rodillas, hasta que me conceda lo que le pido.

—¡María, se lo ruego, no me desespere!

La obligó a tomar asiento. Ella lo miraba suplicante.

—Resuelva. . . . dijo en voz baja.

Juan comprendió que el terrible instante se aproximaba.

—No puedo llevarla, María.

—¿Por qué?

—No puedo conservarla a mi lado ni como amiga ni como esposa.

—Yo lo amo y quiero irme con usted.

—Es imposible.

—¿Pero por qué?

—No siento amor por usted, María.

—¿Qué importa, si yo estoy enamorada?

Juan la miró con desesperación. Había sonado la hora decisiva.

—Amo a otra mujer, dijo con voz clara.

—¡Oh!... exclamó ella como en un vértigo.

Juan se precipitó para sostenerla; pero lo detuvo con un movimiento: en su alma había entrado frío de muerte. El sintió remordimiento ante aquellos ojos cercados de una sombra azulada; ante aquellos labios pálidos que contraía un pliegue doloroso; ante aquel rostro de pronto envejecido, y cuya juventud se diría para siempre marchita. ¡Ah! cómo se arrepintió de haber pronunciado las palabras fatales; de haber confesado la oculta angustia que constituía el secreto de su vida! Durante una hora vaciló en violar el impenetrable misterio de su alma; ahora veía hasta qué punto acababa de herir aquel corazón sensible y enamorado. Nunca hubiera confesado su pasión si el ingenuo dolor de María no lo hubiese incitado a salvarla por camino tan desesperado: de lo contrario, su amor permanecería oculto en el fondo de su alma, conocido sólo de la mujer que había podido inspirarlo. Pero durante un minuto llegó a creerse culpable de las lágrimas y del sufrimiento de su amiga: pensó entonces salvarla empleando un remedio extremo. Luégo se sintió débil, fatigado, sin fuerzas, sin valor, como si aquellas terribles palabras lo hubiesen desangrado.

María entretanto callaba, el rostro oculto entre las manos. Carecía de fuerza para gemir y sus ojos le negaban el consuelo de las lágrimas. Juan la contemplaba con piedad honda y estéril, sin encontrar la palabra que pudiera consolarla. María, retirando las manos del rostro, habló con voz apagada, sin dolor ni tristeza, en la que no vibraba ningún sentimiento. Sus preguntas, lentas y fatigadas, revelaban una triste curiosidad, un regreso hacia

el pasado dolor, sin esperanza de que la respuesta pudiese remediar lo irreparable.

—¿Y usted la ama mucho?

—La amo; eso me basta.

—Verdad es, respondió María sin temblor en la voz, sin brillo en los ojos.

Ambos sufrían, y sin embargo no podían consolarse mutuamente. Ella lo amaba; él sentía por ella profunda compasión: ninguno podía enjugar las lágrimas del otro.

—¿La ama usted desde hace mucho tiempo? preguntó de nuevo con voz indiferente, que era más trágica que un gemido.

—Desde hace mucho.

—¿Cuánto?

—Siempre.

—¿Nunca amó a otra mujer?

—Nunca: se ama una vez en la vida.

—Es verdad, yo lo sé bien, murmuró inclinando la cabeza.

Luégo reflexionó. Deseaba hablar. Sus labios se entreabrieron, pero se contuvo. Juan esperaba, decidido a contarle todo, exasperado y débil. Ambos eran dignos de compasión. De pronto ella murmuró:

—La amaré usted. . . . ¿siempre?

Juan recogió su pensamiento antes de responder. Durante esos instantes meditó en lo que fue y en lo que era su amor; midió la fuerza de aquella unión que los años habían hecho profunda y que sólo podrían romper la vejez o la muerte.

—Sí. . . . creo que la amaré siempre, respondió con abatimiento. Soy viejo, María, y la vida sólo se vive una vez. Usted, en cambio, es joven. . . . Podrá olvidar. . . .

—No tiene usted derecho para hablarme así, dijo María con sonrisa de desdén. Muy por encima estoy de su trivial compasión.

—Perdón, María; no me ha comprendido usted: hacía un voto.... Deseaba para usted el olvido. Se lo deseo con toda mi alma....

Ella movió la cabeza y no respondió.

—¿Se encontrarán en Viena?

—Sí, dijo Juan en voz muy baja.

—¿Ella lo espera?

—No, no me espera: me ha llamado, añadió con amargura.

—¿Y usted obedece?

—Le obedezco siempre. Ella ordenó que pasara aquí el verano. Durante tres meses no recibí ni una noticia, ni una carta. Ni aun siquiera supe el lugar en donde pudiera encontrarse.... Pero debía cumplir su orden....

—¡Ah! sí, comprendo.

—Hoy me pone un telegrama; en dos palabras me da su dirección y me dice que debo ir a encontrarla. Voy en su busca, puesto que tal es mi destino.

—Y ella.... ¿lo ama a usted?

—No.

—¿No lo ama?

—En absoluto.

—Sin embargo, debió amarlo.

—Nunca.

—¿No abriga usted alguna esperanza?

—Ninguna.

—¿Pero por qué ella no lo quiere?

—Hay personas que morirán sin conocer el amor, María, exclamó con desesperación.

—Verdad: quizás sean las más felices....

—Talvez....

—Pero, entonces, ¿para qué lo llama? ¿Qué se propone con que usted atravesase por ella a Europa?

—Quiere aumentar su servidumbre. Eso la divierte.

Siguió lúgubre silencio. Las dos víctimas se miraron, ambas pálidas, ambas atormentadas. María dijo con dulzura infinita:

—Nuestro caso es igual....

—Es igual, repitió el hombre escéptico y fuerte, con voz humilde y doliente.

Fue todo. María se puso de pie.

—Es hora de irme. ¡Buenas noches!

—¿Se va?...

—Sí. Buenas noches, Juan.

—Un momento más, balbuceó. Dígame....

—Todo está dicho. No hay pliegue de su corazón que yo no conozca, ni un secreto en el mío que no conozca usted. Buenas noches.

—Pero.... ¿qué hará usted? Quiero saberlo.

—Nada, dijo María con ademán de hondo desaliento.
¡Nada!

—No debemos decirnos adiós así.... Espere un poco.

—Es inútil. ¿Debe usted irse?

—Sí.

—Y yo.... debo quedarme. ¡Adiós, Juan!

—María, adiós.

Y se alejó como una sombra, triste, sin volver la cabeza, el busto inclinado, a pasos lentos.

La vio alejarse. La oyó abrir y cerrar dos puertas. Y al pensar que en ese momento, al entrar en la casa desierta, ella lloraría con la amargura con que lloran los desgraciados, Juan, desgraciado también, inclinó la cabeza, y, en el silencio, en la soledad y en el dolor, derramó lágrimas de compasión por María, de piedad por él mismo....

MATILDE SERAO.

(Versión del italiano para REVISTA MODERNA).

FIN

CAMARAS DE COMERCIO

ES muy plausible que REVISTA MODERNA sea la primera publicación, a lo menos en este último tiempo, si mal no recordamos, en exponer, brevemente pero con juiciosas y patrióticas frases, la muy grande importancia que tiene en los países civilizados la actuación de las Cámaras de Comercio.

En casi todas las naciones de Europa, desde tiempo muy remoto, se comprendió que los esfuerzos colectivos son mucho más eficaces que los individuales; y en desarrollo de estas teorías se formaron desde la Edad Media sociedades para proteger los intereses comerciales, las que funcionaban con más o menos eficacia. Los distintos gobiernos de la Revolución francesa y del Primer Imperio se preocuparon seriamente por la prosperidad del comercio, de la industria, de la agricultura, etc., y formaron, tanto en Francia como en los países conquistados, Cámaras de Comercio dependientes del gobierno. Hasta hace cosa de unos cuarenta años todavía existían en las Cámaras de Comercio de Italia y en algunas de Prusia los mismos reglamentos impuestos por el Imperio.

A medida que adelantan los progresos de la ciencia y de la industria, los esfuerzos colectivos se hacen más necesarios, y por esta razón la importancia de las Cámaras de Comercio, genuina representación de estos esfuerzos, crece día por día en todas aquellas naciones que se preocupan por su desarrollo económico.

La poderosa organización actual de las Cámaras de Comercio varía según los países: en unos pocos éstas son perfectamente independientes, como en Bélgica; en otros dependen exclusivamente del gobierno, como en Francia.

Pero por lo común, y esta es la tendencia moderna, son instituciones reconocidas y estimuladas por el Estado, las cuales tienen importantísima y eficaz ingerencia en todo aquello que se roza con el desarrollo del comercio, industrias, agricultura, vías de comunicación, puertos, tarifas de transporte, de Aduanas, proyectos de tratados y arreglos comerciales, fundación de bolsas de comercio, museos, bibliotecas, enseñanza comercial y mil otros asuntos importantes que la brevedad de este estudio no nos permite detallar.

La iniciativa para la formación de las Cámaras de Comercio corresponde a los comerciantes, pero casi todas cuentan, para atender al desarrollo de sus trabajos, con una subvención del Estado o una participación sobre determinados impuestos. Sus trabajos se publican en los periódicos oficiales, tienen una junta directiva y pueden ser miembros de la Cámara todos los comerciantes, banqueros, industriales, etc. del país o del departamento a que pertenece ésta, salvo pocas excepciones, y mediante el pago de una pequeña cuota anual. Para dar ligera idea del desarrollo que han tomado en Europa tan importantes instituciones, basta citar algunas cifras. El edificio de la Cámara Comercial de Viena costó 3.500,000 coronas. En 1905 tenía 97 empleados y contaba 132,000 socios con derecho a nombrar diputados a la Dieta. La Cámara de Comercio de Hamburgo tiene derecho a elegir 40 consejeros municipales e interviene en todas las comisiones del Estado en que se estudian asuntos comerciales e industriales. En Bremen, tiene su edificio propio, biblioteca, etc. En Francia hay actualmente 150 Cámaras, entre las cuales las principales son: la de París, que consagra sus energías especialmente al sostenimiento de escuelas de comercio, estudio de lenguas extranjeras, etc.; la de Lyon, que se ha dedicado al fomento de los tejidos y artículos de seda, y la de Marsella, que ha prestado su ma-

yor atención a la mejora del puerto, en cuya obra había gastado hasta 1908 cerca de 90 millones de francos! España cuenta con más de 90 Cámaras, entre las cuales las principales son: la de Barcelona, con 240 socios en 1890 y con más de mil en el año de 1910; la de Bilbao, que tiene 26,000 pesetas de ingreso. Italia, cuyo progreso industrial se ha desarrollado notablemente, celebra en Roma, cada año, una asamblea general, compuesta de designados de todas las Cámaras del país, las cuales tienen en la capital una oficina permanente que publica dos revistas: el *Boletín oficial de la Unión de las Cámaras de Comercio* y la *Exportación Italiana*, redactada esta última en español y repartida gratis en Sur América.

El Congreso de Colombia, por la Ley 111 de 1890, facultó al Gobierno para crear Cámaras de Comercio en la capital de la República y en los otros centros comerciales que juzgue convenientes. Ley concebida en términos acertados y amplios, que dio origen al Decreto 62 de 1891 que reglamenta la Cámara de Comercio de Bogotá. Juzgamos que por este decreto, las prerrogativas y cargos que corresponden a la Cámara están de tal manera sometidas a la acción oficial, que no permiten aprovechar el desarrollo de la iniciativa particular, que es la que ha dado sin duda mejores resultados en otros países. Si el Gobierno hubiera estimulado esta iniciativa, de seguro que la Cámara de Comercio de Bogotá estaría prestando positivos servicios al país, como empieza a prestarlos ya, según entendemos, la Sociedad de Agricultores. Tampoco ha gozado la Cámara de todo el favor oficial que se merece: han pasado épocas en las cuales ni siquiera ha tenido un local en donde pudieran reunirse sus socios, y en cosa de dos años ha tenido que trasladar tres veces a distintos edificios públicos los pocos muebles que posee y su pobre biblioteca, compuesta de una antigua tarifa de aduanas y algunos números incomple-

tos del *Diario Oficial!* Y sin embargo, la ley autoriza al Gobierno para incluir en el presupuesto anual la partida de \$ 5,000 con destino a las Cámaras de Comercio. La de Bogotá, que debiera extender sus funciones a toda la República, sólo cuenta para atender a todos sus gastos con \$ 30 mensuales (1): tan exigua suma apenas alcanza a cubrir la humilde remuneración de un secretario. A pesar de todo, la Cámara ha trabajado con alguna regularidad sin que se le haya reconocido su buena voluntad. Analizó con esmero el último proyecto de Tarifa de aduanas, y cuando se reunió la Comisión Legislativa de las Cámaras para el estudio de este proyecto, la Cámara de Comercio nombró una comisión de su seno para que trabajara en asocio de aquélla, pero seguramente la Legislativa juzgó inútiles los servicios de la del Comercio y se negó a recibirla. Si se hubiera aceptado la colaboración de ésta, es muy posible que muchos de los vicios de que adolece la actual Tarifa se hubieran evitado. En algunos otros casos en los cuales la Cámara ha juzgado oportuno intervenir, no se le ha atendido, y a veces ni siquiera ha acusado el Gobierno recibo de las patrióticas comunicaciones de ésta.

La falta de apoyo oficial y de iniciativa particular acabarán, pues, por anular los esfuerzos de las Cámaras de Comercio de Bogotá, Medellín (2), Barranquilla (3) y Manizales, que según entendemos, son las únicas que existen actualmente en Colombia. Sería lamentable que la acción

(1) Hace ya varios meses que la Cámara no ha logrado hacer efectiva esta subvención.

(2) Creada por Decreto 949 de 1904.

(3) Creada por Decreto 507 de 1905. Las Cámaras de Medellín y Manizales publican de tarde en tarde sus respectivas Revistas. Si tenemos en cuenta el laudable espíritu de asociación que caracteriza al pueblo antioqueño, no sería de extrañar que la labor de las Cámaras de Comercio de Medellín y Manizales llegará a ser más eficaz que la de la capital de la República.

de tan benéficas instituciones desapareciera en los momentos actuales en que el país empieza a tener fe en su porvenir y puede necesitar, como nunca, de los servicios de éstas, a tiempo que en otros países más afortunados y mejor organizados que el nuestro el radio de acción de las Cámaras de Comercio se extiende cada día más en relación con el desarrollo comercial e industrial que ellas mismas fomentan.

Con laudables miras patrióticas REVISTA MODERNA ha dado el primer paso en el sentido de estimular la acción de las Cámaras de Comercio. Si a pesar de nuestra inexperiencia en la materia nos hemos atrevido a dar el segundo, es muy posible que la inteligente iniciativa de los Redactores de la Revista no caiga en tierra estéril y produzca benéficos frutos en pro de la patria.

MANUEL V. ORTIZ,

Miembro de la Cámara de Comercio
de Bogotá.

CRONICA EUROPEA

ESPECIAL PARA «REVISTA MODERNA»

Señores Directores de REVISTA MODERNA.

QUÉ triste Navidad y qué lúgubre 1.º de enero los de los parisienses que por circunstancias de excepción no han marchado al frente! ¿Quién, que lo haya conocido, no recuerda la animación de París en la noche del 31 de diciembre: el brillo de los teatros, el resplandor de las vitrinas, el bullicio de los bulevares?....

A Y E R

Es media noche. El público, después del espectáculo, se difunde en los restaurantes y tabernas a la moda. Sigámosle.

La *brasserie* ha sido institución democrática por excelencia. El lujo está en la decoración, no en el servicio. Vidrieras medioevales lucen su policromía en las ventanas, y de los muros cuelgan tapices de gobelinos; pero la porcelana es ordinaria, espeso el cristal, los sirvientes no se lavan las manos y el pan es coriáceo.... Sin embargo, las mesas son tomadas por asalto. La orquesta de cingaros ataca unos vales brillantes. La sala, que el humo invade, es a manera de microcosmo en donde se ven representadas todas las categorías sociales. El personaje que acaba de entrar, de mejillas azuladas y lustrosas, viene del escenario sin haber tenido tiempo para lavar sus afeites. Lo acompaña una mujer adorable. Ella representa el papel de ingenua en el mismo teatro en donde él encarna los papeles de hazmerreír; porque ha de saberse que este innoble sujeto, vulgar, insolente y feo hasta la teme-

ridad, es un tirano de corazones; se dice que ninguna mujer resiste a la fascinación de sus ojos de merluza frita. En otra mesa vese un poeta de luengos cabellos, de cabeza de Cristo; la barba empieza a blanquear, la frente a arrugarse; pero su porte es digno. Habla, se anima, se embriaga de elocuencia. Lo acompaña una joven impasible, soñadora, de mirada distante, envuelta en un capuchón negro: cincela, dicen, hermosos sonetos. Ambas musas colaboran y buscan la perfecta armonía. Un hombrecillo de aspecto enfermizo conversa con el poeta. Levantado el cuello del sobretodo, las manos entre el bolsillo, da idea de haber salido del hospital; todo en su persona denuncia el desaliento, el hastío, el disgusto de vivir; pero de sus labios apretados brotan raudales de sarcasmos: es el más jovial humorista de la nueva generación y ha escrito farsas de amplitud incomparable, que han hecho reír a todo París. Veinte grupos se forman de esta suerte en el deslumbrante salón de la taberna, debido a simpatía o a casualidad. Poco a poco la temperatura sube, el ruido aumenta: confuso murmullo de voces y de risas. Las siluetas empiezan a disolverse en la diáfana cortina de humo que se tiende sobre el salón. Las parejas que salen son reemplazadas por otras que llegan a cenar una docena de ostras, la indispensable tortilla de hierbas y a rociar lo uno y lo otro con la botella de Chablis o de Sauternes. La orquesta de cíngaros toca ahora una romanza de Soupé....

HOY

La taberna, cuyo dueño y servidumbre eran alemanes, ha sido cerrada y secuestrada. Los cíngaros, con sus violines, fueron expulsados de París. El personaje de mejillas lustrosas y de ojos de merluza perdió una pierna combatiendo heroicamente en los alrededores de Ypres.

La ingenua y la joven de mirada distante, enroladas en la Cruz Roja, curan heridos, la una en Reims, la otra en Arras. El poeta, desde la línea de batalla, escribe crónicas en prosa para un diario parisiense, y el autor satírico acaba de recibir la medalla militar y su nombre ha sido citado así en el *Oficial*: «Gallibet, teniente en el 12.º de línea. Desde el principio de las operaciones ha dado prueba de valor y sangre fría dignos de mención, en todos los combates. Herido el 24 de diciembre....»

París está de duelo. Pero en los mismos ojos que vierten lágrimas por el ausente o por el muerto, brilla un destello de esperanza....

*
* *

Cierto periódico londinense ha dado cuenta de que en uno de los combates librados a mediados de noviembre, al sur de Ypres—ciudad de Flandes en donde el Kaiser esperaba proclamar la anexión de Bélgica, esperanza que resultó fallida—cayó en poder de los aliados un vagón con un equipaje extraordinario: lo componían doce cajas que según inventario contenían, cuidadosamente envueltos y plegados, los más variados ejemplares de uniformes en uso de la alta oficialidad de la marina y del ejército ruso, danés, alemán, inglés y austriaco. No se comprendía al principio la razón de que en poder del enemigo apareciesen, embalados con tanta pulcritud y esmero, no sólo uniformes y arreos de generales y almirantes de los aliados, sino que también de potencias neutrales. Bien pronto se explicó lo que parecía un misterio: aquel botín de guerra representaba una parte del equipaje del mismo Emperador Guillermo II.

Sabido es que el Emperador de Alemania no usa un uniforme: usa ciento, usa mil, o para hablar con más exactitud, los usa todos. El guardarropa imperial ocupa

cuatro vastos salones del palacio de Potsdam. El guardián del tesoro tiene doce sastres bajo su mando. Este número ha debido aumentar considerablemente por causa de la guerra. Imitando a los coreanos, quienes lucen un nuevo peinado en cada acontecimiento de la vida diaria, Guillermo II vestirá sucesivamente y según las circunstancias todos los uniformes de su ejército y de su marina, sin contar los de los países extranjeros.

Para obedecer al extravagante y complicado protocolo que él mismo se ha impuesto, no es raro que el Emperador, durante dos horas de audiencias, cambie de traje hasta siete y ocho veces. Si recibe a un oficial, reviste el uniforme de su arma; si la visita es hecha con ocasión de una fiesta o de una ceremonia, reviste el uniforme de gala; si el hijo de un militar o de un dignatario llega a participarle la muerte de su padre, reviste el uniforme del difunto; si se trata de recibir la delegación de uno de los regimientos de que es propietario, concederá audiencia en uniforme de coronel del regimiento favorecido: bávaro, wurtembergués, sajón, de Bade o de Hesse; si se anuncia, en fin, a un embajador, el Emperador se mostrará en General prusiano y prenderá al pecho alguna de las órdenes honoríficas del país del visitante. Cuando por primera vez recibió al mayor de los Coquelín, el Emperador, deseoso de discernirle honores de plenipotenciario, ostentó las palmas académicas.

Se comprende por tanto que entre dos recepciones deba correr un intervalo suficiente para que el soberano tenga tiempo de cambiar de traje en el tocador que ha hecho instalar al lado de su gabinete de trabajo. La lista de audiencias se entrega con anticipación a Otto Bauer, primer ayuda de cámara. El Emperador anota e indica, teniendo en cuenta la calidad de cada persona, el uniforme en que habrá de recibirla. Secundan a Otto dos ayudantes: uno se ocupa del calzón, otro de las condecora-

ciones y de las botas (si a ellas hubiere lugar). El ayuda de cámara se reserva el privilegio de vestir la túnica al Emperador.

A propósito del incidente en que me ocupó, la prensa ha recordado el extraordinario caso de transformismo ocurrido en el último viaje del Emperador a Inglaterra, en 1902. El *Hohenzollern* había avistado las costas inglesas. Los personajes enviados por la Corte al encuentro de Guillermo II lo esperaban en Port Victoria y con el antejo escudriñaban el puente del yacht imperial: un General alemán se paseaba en el puente. Se corre la voz: el emperador viste de General alemán. El yacht atraca, los enviados se precipitan y pasan sin detenerse ante un almirante inglés: en vano buscan al General alemán. El almirante es Guillermo II. Presentan excusas y suben al tren. El Emperador permanece un instante en el salón, luego se retira. Entra un oficial del *1st Royal-Dragoons*; pasa inadvertido: es Guillermo II. Se llega a la estación de Wolferton, en donde esperan los carruajes de la Corte. Los miembros del cortejo abren la puerta del vagón imperial: ¡el dragón ha desaparecido! Y Guillermo II desciende al andén vestido de levita, sombrero de copa y guantes gris perla....

Al pintor Menzel ha confiado el Emperador el cuidado de representarlo con los trajes retrospectivos del gran reino; a Herman Prell el de fijar los rasgos del Emperador moderno; a Falat, el artista polonés, el de inmortalizarlo como discípulo de San Huberto; a Guillermo Pape el de conmemorar, en un tríptico que se conserva en el museo Hohenzollern de Berlín, al restaurador de Marimbourg y al protector de la Orden de San Juan. Se le verá representar en piedra al apóstol amado en el portal de la iglesia católica de Metz, y al rey de espadas en una baraja que se dibujó según sus indicaciones y que se usa en la Corte de Berlín.

El único traje que el Emperador detesta, es el frac. Jamás lo ha usado. Es la razón de que no hubiera figurado en el inventario de los arreos y uniformes encontrados en un vagón, en las cercanías de Ypres.

*
* *

Los grabados de Goupil, conocidos en el mundo entero, han agotado el tema de los trágicos episodios de la guerra francoprusiana de 1870. *El Cementerio de Saint Privat, Gravelotte, Ataque de un convoy, Carga de coraceros*, son cuadros que, enmarcados en la indispensable moldura de oro, adornan salones y galerías, aun en las ciudades más exóticas. Entre tales cuadros, que por lo conocidos resultan triviales, recuerdo uno que se titula *En las avanzadas*, y del cual hago memoria porque pienso que es el que mejor expresa el carácter del soldado francés y, por lo tanto, el alma de la más grande de las naciones latinas.

En una villa de los alrededores de París, saqueada ya por los hulanos, ha sentado sus reales un destacamento de las avanzadas francesas. Es en invierno. Los árboles del parque destacan sus ramas contra un celaje nebuloso. La nieve cubre con su manto la campiña desolada. El capitán del destacamento ha querido improvisar un concierto y ha hecho trasladar el piano al jardín de la villa. En tanto que los soldados preparan su rancho de campaña, el oficial, acompañándose en el piano, canta una de las canciones en boga en las operetas de la ciudad bloqueada. A su lado otro oficial, recostado en un diván destrozado por las balas prusianas, lee un libro. ¿Qué importa que la muerte los aceche a cada instante? Ella no se apiadará si el uno suspende su lectura o el otro su canción favorita. Nietos son de las víctimas de la Conserjería, durante el Terror, que representaban co-

medias y ponían juegos de sociedad en la antesala de la guillotina. Y en tanto que a lo lejos el cañón truena desde el Mont-Valerien, en el jardín de la villa cercana se oye la voz de barítono del oficial de las avanzadas. . . .

La imperturbable alegría del soldado francés constituye la fuerza de aquel heroico ejército. Cantando, los soldados de la primera república vencieron la coalición europea. Cantando, los escuadrones de *María-Luisas* se cubrieron de gloria inmortal en las jornadas de 1814. Las canciones del soldado francés se han oído en todas las capitales de Europa: han sido como la música marcial de los regimientos conquistadores. Por oírlas, la Victoria fue durante un siglo, constante aliada de los ejércitos franceses. Esas canciones también se oyeron durante el «Año Terrible», pero sus ecos, ay! no alcanzaron a conquistar los favores de la Fortuna. La incapacidad de Napoleón III y la imprevisión del Estado Mayor, fueron superiores al heroísmo del soldado del Segundo Imperio.

Otra de las notas distintivas del soldado francés, es la iniciativa individual. Con razón se ha comparado el ejército alemán a cronómetro de alta precisión que marca hasta los décimos de instante: marchará con regularidad maravillosa hasta tanto que un granillo de polvo no venga a detener el rodaje de la maravillosa maquinaria. No así el ejército francés: él es a manera de reloj que quizás no marque siempre la hora astronómica, pero cuyo tic-tac no se suspenderá un momento. La justicia de esta comparación resalta al recordar lo que fue la desastrosa guerra del 70. La lucha, prevista poco después de Jena y preparada por Handenberg y Stein mucho tiempo antes que por Bismarck y Moltke, estaba regulada por parte de Prusia el día en que Guillermo II expidió a París el famoso mensaje de Eims—causa aparente de la ruptura de hostilidades—como lo estaría una partida de ajedrez por un profesor que conociese a fondo la habilidad

de un contendor mediano. De tiempo atrás se venía urdiendo por Prusia una trama para atacar a Francia cuando se encontrase dividida y sin aliados. Dicho sea de paso, la guerra de 1914, que encuentra a Francia unida y aliada a dos potencias de primer orden, en tanto que Alemania se encuentra poco menos que desamparada en Europa, representa la más extraordinaria revancha que la Providencia ha podido conceder a la patria de Juana de Arco.

En tanto que en 1870 el ejército prusiano, al estallar la guerra, se encontraba preparado para la lucha, el ejército francés y su Estado Mayor carecían, el primero de municiones, y el segundo de conocimientos técnicos del teatro de la campaña. La declaración de hostilidades no fue, sin embargo, acogida en Alemania con el entusiasmo con que lo han pretendido algunos historiadores: muchos temían resultado fatal para las armas prusianas. Abaken mismo declara que los alemanes eran en mucho inferiores a los franceses en valor, en táctica, en precisión de tiro y de movimientos. «Si el enemigo, decía el confidente de Bismarck, al invadir el territorio francés nos obliga a retroceder un poco siquiera, nuestra derrota será completa».

No obstante, los temores se disiparon en Berlín desde los primeros combates en la frontera. Comenzó entonces para los ejércitos franceses la constante retirada que todos conocemos. Sin jefes, sin plan, sin provisiones, si el ejército no pereció por completo y pudo diezmar al enemigo hasta firmarse el tratado de Francfort, que puso fin a la guerra, se debió solamente a la iniciativa del soldado. En el ejército alemán el soldado es una máquina, en el francés es un hombre. Así se explica la improvisada aparición, en el escenario de la guerra, de un Hoche, de un Desaix, de un Bonaparte, de un Joffre.

Después de cuarenta y cuatro años de espera, la guerra, con fragor de tormenta, se ha dilatado por Europa. El ejército francés, aleccionado por la dolorosa experiencia del 70, se encuentra listo para devolver a la patria la primacía de la fuerza, que en la concurrencia vital pesa más que todas las otras de que pueda envanecerse una nación.

Los clarines suenan la hora de la Revancha, los cañones ruedan hacia cien campos de batalla. Vuelven a oírse las gloriosas canciones de Rívoli, Marengo y Solferino; y los regimientos dan la señal de marcha con el *Canto de Partida*. «¡Adelante! La Victoria cantando nos señala el camino!»

MANUEL DÍEZ CANEDO.

París, enero 3 de 1915.

Páginas olvidadas.



José María Vergara y Vergara.

NACIÓ EN BOGOTÁ EL 19 DE MARZO DE 1831—MURIÓ EL 9 DE MARZO DE 1872.

Poeta, novelista, periodista e historiador, Vergara y Vergara, por sus cualidades de imaginación y su laboriosidad en el estudio, puede ser considerado como la primera figura literaria colombiana de la segunda mitad del pasado siglo. A menudo descuidado en la forma, sus escritos, no obstante, atraen por su originalidad, por su sabor local, por la fresca inspiración que los dicta. Discípulo de Hugo, de Chateaubriand y de Conscience en el apogeo del período romántico, Vergara y Vergara pensaba en francés y escribía en castellano: de ahí que su prosa suele carecer del gusto castizo que se admira en los maestros peninsulares. A su regreso de España trajo las credenciales necesarias para la fundación de la Academia colombiana de la lengua, correspondiente de la real española.

Entre sus artículos literarios debemos mencionar *El Manojito de Hierba*, *Los Buitres*, *Las tres Tazas* y *El Humo, el Viento, la Luz y el Agua*, poemitas en prosa estos últimos que se dirían inspirados en Selgas.

En lo relacionado con su labor histórica, debe recordarse la *Cronología* nacional, libro relativo a los presidentes y virreyes de la época colonial y a los presidentes del período revolucionario y de la República. Pero su obra más importante fue la *Historia de la Literatura en Nueva Granada* (época colonial). Tenía preparado para publicar el tomo II (época republicana), así como dos tomos de biografías, cuando lo sorprendió la muerte.

EL VIENTO

DE todos los bienes terrenos de que disfruté en mi infancia, no ha quedado sino el viento.

Era una hermosa casa, risueña, clara, espaciosa, donde vagaban las sombras de mis antepasados, desde el que vistió de hierro hasta el que vistió muceta. Por todas partes había recuerdos de ellos y de ellas.

Entonces tenía yo madre, inocencia y esperanzas.

¡Todas tres cosas yacen en sus tumbas!

Entonces placía a mi alma, que se despertaba a la vida, y que de todo lo que veía el lote que escogió fueron los sueños, sentarme al pie de una gran ventana y echar a volar mi espíritu.

Un testigo tenía en aquellas meditaciones en que nada meditaba, en aquella soledad poblada por mí y para mí de alados compañeros.

Ese testigo era el viento.

El gemía en las rendijas de las puertas, como petro que aúlla en la puerta cerrada de su amo; él lloraba en los cristales de las tres ventanas de mi alcoba patria; él sonaba en mis oídos como largo lamento producido por una desgracia sucedida o por suceder.

¿Qué era lo que gemías tanto, amigo mío?

¿Cuál era la Jerusalén sobre que tú llorabas, profeta alado, con ese incansable *¡ay de ti! ¡ay de ti!*

Los años pasaron.

Perdí esa casa, esa alcoba, ese camarín.

No he vuelto a encontrar sino el viento.

En algunas ventanas amigas, que tienen una situación propicia, lo he vuelto a oír; pero ¡ay de mí! ¡ya no lo oigo como entonces!

Es que yo ya no soy yo.

El sistema de la metempsicosis me parece el más probado del mundo.

Ojalá lo estuvieran tanto y tan bien la suma y la multiplicación.

Han entendido mal los filósofos este sistema. Piensan que después que uno muere es cuando se convierte en otra cosa, no importa en qué.

Es durante la vida cuando se verifican las transformaciones.

Yo las he visto; he visto muchas, y sin embargo no soy viejo.

Paloma de pico de coral, de ojos de cielo en que me veía como en clara fuente, ¿en dónde estás? Eres tú esa melancólica anciana en cuyas mejillas el arado de las lágrimas ha abierto surcos? Si tu alma es la misma, ¿has emigrado de un cuerpo a otro?

Ángel de pureza en tu primera juventud, ¿eres tú la innoble cortesana que vi después? Tú, corazón de león, alma de ángel, amigo que no volví a ver, ¿puedes afirmarme que seas el mismo? ¿No eras tú entusiasmo, candor, ternura? ¿no eres tú hoy descreimiento, malicia, sequedad?

¡Yo mismo, por cuántas transformaciones he pasado!

Pero hay un hilo que junta mi memoria de ayer con la de hoy: ese hilo es el viento.

En el lenguaje de las flores cada una tiene su significado; en el de los elementos, el viento debería tener como el alhelí: *fidelidad en la desgracia*.

El viento tiene como el hombre sus edades.

¿Dónde nace el hombre? Nadie lo sabe.

Su cuerpo se forma en el materno seno; ¿pero a qué hora, en qué instante lo anima el espíritu? ¿Desde que con sus movimientos causa el primer gozo y el primer dolor a su madre, o desde que con su llanto dice a su madre: *mujer, hé aquí a tu hijo?*

De la misma manera pregunto: ¿cómo, en dónde, a qué hora nace el viento?

¿Qué hombre o qué academia pudiera crear en mi presencia una partícula de viento?

Y ahí tiene usted, a propósito de partícula, una cuestión en que no ha caído en cuenta la ciencia: ¿cómo se mide el viento?

¿Por extensión como la tierra o por peso como los líquidos?

El viento es un sér impalpable que derriba torres. ¡No sé lo que derribaría si fuera palpable!

Decíamos que el viento es como el hombre: tiene infancia, juventud, edad madura, vejez y muerte.

Su infancia es la brisa de la mañana, que es la misma brisa de las noches calmadas y serenas.

La brisa es un viento sin dientes, que no puede vivir sino de esencia de flores, ni sale de los bosques en donde nació.

Camina tambaleando, como los niños, y es amiga de la luz como las mariposas.

Ensaya sus fuerzas doblando un vástago de clavel, como los niños las ensayan alzando del suelo y con grandísimo esfuerzo, una hoja de papel.

Sale por la mañana a retozar en el campo como los becerrillos, y si entra en un trigal no alcanza a moverlo todo: se cansa en mitad del camino.

Uno de los juguetes que le encantan es una cinta que cuelgue, o una cabellera larga, o una cortina flotante: al punto que la ve trata de cogerla, como lo hacen los micos y los gatitos.

Si encuentra un agujerito en una puerta, prefiere entrar por él a entrar por la ventana abierta.

En el mar se llama no brisa sino ventolina: es el grumete de los vientos, como el grumete es la ventolina de los marineros.

Como ventolina deja en paz las velas y las olas, demasiado pesadas para sus fuerzas, y se encarga de las flámulas y gallardetes y del humo de las pipas de los marineros.

Pocas horas después ya ha adquirido fuerzas con el ejercicio: es un viento joven, travieso y que tiende a hacer inmoralidades reprecensibles.

Si ve una mujer bien puesta, al punto va a averiguar si tiene hermosa pantorrilla. Si es una vieja, la tumba y la silba.

Donde ve que hay polvo, lo alza y lo riega por atormentar a los circunstantes.

En el mercado juega con las hojas secas, y de repente apura y sopla recio a ver si en la bolina que arma puede pillar alguna fruta, amenazando a las fruteras con hacerles caer encima los toldos o quitarles el pañuelo del pecho y el sombrero de la cabeza.

Cuando llega a una bocacalle hace remolino, y se lanza luego por el camellón, levantando una nube de polvo para mortificar a los pisaverdes.

Toda hoja que encuentra en el suelo la levanta y la bota lejos; y si es un papel lo alza para ver qué dice.

Cuando se cansa de travesear en la tierra, se sube a las torres, coge las veletas a dos manos y se pone a darles vueltas aprisa, aprisa.

Donde ve humareda va a convidarla a que salga a jugar con él, y la vuelve pedazos si no sale aprisa.

En las casas en donde hay puertas fronterizas, se pone a correr como muchacho, atravesando por ellas. Si ve una luz, la sopla; y si están zahumando la casa, saca todo el olor a la calle para que ésta disfrute de las ventajas del zahumerio.

Se entra a las tiendas, y si están cocinando se pone a gritar en la puerta: aquí hay empanadas.

En el mar se divierte en hacerles rizos a las olas y a las velas, lo mismo que en la tierra se divierte en deshacer los rizos de las damas y de los pisaverdes.

Coge por su cuenta las banderas mercantes más respetables y se encanta haciéndoles bailar una zarabanda en sus astas.

A medio día aprieta a correr buscando éras para levantar el tamo, que es un oficio que le encanta, y por la tarde se va a buscar cometas en compañía de los muchachos.

Si hay procesiones, se va a apagar las luces de los cirios y a levantar los cabellos de los devotos para ver qué cara ponen.

Entra el viento en su edad madura y entonces ya no ejecuta travesuras sino que perpetra maldades.

Se ha vuelto misántropo, malévolo y no le gustan sino las cosas tristes.

Se entra a las torres y a las iglesias solitarias, a los subterráneos y a las ruinas.

Llega del campo a la ciudad sirviendo de cabalgadura a la lluvia, y así empapado se entra a las casas, como perro mojado, a sacudirse entre los aposentos.

Se atreve a las lámparas y aúlla en el arbolado para asustar a los perros.

Desprecia entonces todo perfume femenino, y no carga sino olor de borrasca; no lleva flores sino nieve y rayos; no anda de día, sino entre las sombras de la noche; no desarraiga toldos de fruterías, sino robles.

Todo lo que puede ser daño grave, lo hace de preferencia.

Si entra a las casas, no es gimiendo en las rendijas, sino abriendo las puertas de par en par con gran estruendo.

En el mar deja en paz las banderas y las flámulas, y se pone a luchar con las velas.

A semejanza de los toros furiosos que escarban la tierra con las manos, se pone a escarbar el mar y a echar olas por encima de él, bramando de cólera.

Alcanza a ver un navío y se lanza sobre él a embestirle, rugiendo. A las lanchas las levanta como el toro a un niño, y las bota lejos destripadas.

Cansado de hacer destrozos, recorre la barrera de rocas, buscando algún punto por dónde salirse; y si lo encuentra, salta y se va a los campos a reposar su cólera.

La grata y poética brisa convertida en azote áspero y sangriento, toma en estos casos los nombres de huracán, vendabal, temporal, como el niño angelical convertido en hombre toma el título de guerrero, político, usurero.

Viejo ya, impotente y caduco el viento, no puede hacer el mal a brazo partido, y se emplea en hacerlo por la astucia. Ya no puede estrellar buques, pero puede matar hombres.

En este estado se llama cierzo, remusguillo, y es frío, sutil, penetrante, maligno.

Sopla de noche por las calles y los campos y no alcanza a apagar la luz de un sereno, pero sí puede matar al sereno soplándole en el pecho.

Produce constipados, pulmonías fulminantes, reumatismos, fiebres malignas.

Cansado de hacer el mal, muere botado en algún peñón solitario, estremecido de rabia al ver las brisas sanas y olorosas que en estos momentos salen al campo a sanar los enfermos y a enjugar el rocío de las sementeras.

A semejanza del hombre, ha gozado mucho haciendo el mal, muere y lo olvidan, y si lo recuerdan es para lanzarle una maldición por el mal que hizo.

No le queda más recurso para que no lo olviden, sino haber sido grande; es decir, que las desgracias que haya causado hayan sido inolvidables.

Entonces se llama Napoleón, el que fue hombre; huracán de las Antillas, el que fue viento.

La hermana de la caridad recoge después los huérfanos que dejaron el huracán y el emperador y los arrulla en una mañana de verano en que soplan mansos vientos que traen a la pobre hermana perfumes de pradera y de su casa paterna, que le arrancan un suspiro o le hacen brotar una lágrima.

Entre esos niños está criando y ha salvado al futuro sucesor de Napoleón, y entre esos vientos que le traen olores de sus campos, se cría el futuro huracán que ha de asolar un mar o una comarca.

Parece como si el diablo fuera fumador y se divertiera en encender un cigarro en otro.

Así es la vida.

Esto mismo es lo que dice en resumen César Cantú en nueve tomos, que yo no he alcanzado a leer.

Qué bien dicen los poetas cuando llaman a la fortuna próspera: *el viento de la prosperidad*.

¡Viento! Mañana será huracán!

Y yo, cronista del viento que hasta ahora me ha sido amigo, confío a sus alas este papel que he escrito para olvidar un instante borrascas en que el viento no ha tomado parte. Lanzo este papel al mundo; ¿dónde irá a caer?... ¿quién lo recogerá?....

Séale el viento ligero al pensamiento que en él sepulto!

JOSÉ MARÍA VERGARA Y VERGARA.

Enero 25 de 1868.

REVISTA POLITICA

ESTÁ inaugurada la temporada electoral que mantendrá viva por algún tiempo la inquietud política, aunque el Gobierno garantice la efectividad del sufragio y aunque las minorías reciban consignas de orden y moderación. Es el Vendimiario que debe llevar el periódico haz de leña a unos tantos hogares.

En desarrollo de la Alocución presidencial de 1.º de enero y de la Circular del Ministro de Gobierno, el Poder Ejecutivo ha adoptado disposiciones que corresponden a una de las primeras necesidades de toda colectividad que aspira a vivir en paz: respeto a los derechos ajenos. Al mismo tiempo, la unión liberal, acordada sobre las bases del *Plan de marzo*, hace esperar que las minorías sean representadas eficazmente, y que éntre un grupo ordenado y cohesivo a colaborar en el progreso del país y a compartir responsabilidades. Está bien que difieran los puntos de vista políticos; siempre coincidirán en un ideal de patriotismo si los partidos obedecen a su verdadera misión.

La lección dolorosa del pasado va enseñando de manera indeleble que las imposiciones de la fuerza nada sólido afianzan, y que la agresión y la revuelta tampoco conquistan nada definitivo. Los últimos años han demostrado que las vías pacíficas conducen a donde la violencia no alcanza, y que no son los más seguros los senderos aconsejados por impaciencias temerarias.

Pero la obra política, para ser duradera, debe alzarse sobre fundamentos de verdad y justicia; ni habrá confianza en la lealtad del contrario si la acción no es simultánea y recíproca. Heridos inolvidablemente a causa de nuestras disensiones internas, toca ahora a la labor con-

junta de los partidos rescatar los males invaluables del pasado; mucho dependerá de la orientación que se siga en esta época de transición, con un Gobierno que apenas se ha iniciado y un partido que trabaja por reorganizarse.

La renovación total del Senado por un período de cuatro años, que será obra indirecta de las Asambleas departamentales por gracia del artículo 97 del Código Político y Municipal y del Acto legislativo número 3 de 1910, dobla la importancia de estas elecciones y pone de relieve la segunda faz de la cuestión electoral. Si incumbe al Gobierno velar por la libertad del sufragio, los sufragantes, por su parte, tienen el deber imperioso de llevar a Asambleas y Cámaras representantes ilustrados y capaces.

Median asuntos de excepcional importancia que toca resolver al Congreso, y sobre él pesarán las horas que pasan y los desaciertos que se cometan. En momentos de crisis no se entregan los destinos de un pueblo en manos inexpertas o torpes, ni se abonan en cuenta las desacreditadas buenas intenciones. La representación nacional no es cargo oneroso: quien la acepta contrae sagrados deberes. No se piden prodigios ni se tiene el candoroso optimismo de esperarlos. Se les exige sí, y debe exigírseles inexorablemente, lo menos a que hay derecho: que conozcan los negocios en que van a ocuparse, que tengan voluntad de resolverlos y que sean rectos: lo que se impone a la junta directiva de cualquier compañía anónima.

De poco serviría la reforma que se ha efectuado en las prácticas electorales, si a ella no responde la reforma parlamentaria que el país reclama, no por efecto de leyes complicadas que no se expedirían, sino por el alcance de cada voto que se emita.

Las leyes carecen de la facultad divina de crear; ni nos hacen más felices, ni más sabios, ni más libres: ellas

organizan y encauzan algo que las sociedades ya han conquistado con su trabajo, con su cultura, con su dignidad.

Hay que prescindir, como de yerba insana, del representante que nada significa y nada representa, de los profesores de pequeñas intrigas, de los que llevan por toda credencial el ser tontamente buenos, de los especuladores sin pudor, de los apóstoles de las treinta monedas.

Tampoco podrá ser eficaz la labor del Congreso mientras no se proscriba cierta forma de oratoria farragosa y estéril, abolida dondequiera que se persiguen resultados prácticos y economía de tiempo. La política, más pasión que análisis, rara vez reconoce otra cosa que el obstruccionismo intransigente o la adhesión incondicional; toda razón encalla en la orden del día de la solidaridad partidarista. «He venido a la Cámara durante treinta años y he oído los mejores discursos de la época—dice un célebre político francés—algunos me han conmovido, pero ninguno ha conseguido conmovier mi voto».

Son puntos económicos los que dominan la política y la diplomacia de nuestro tiempo y en esos debates no cabe retórica. Los problemas de política abstracta ya no se discuten, se aceptan o se rechazan por una mayoría: *le vote sans phrases*. La vida humana es breve y hay que simplificar. No más maleza en la selva intrincada de nuestra legislación.

*
* *

Además de la indirecta elección de Senadores, es privilegio de las Asambleas presentar a la Corte Suprema de Justicia ternas de candidatos para Magistrados de los Tribunales, y al Poder Ejecutivo ternas para Fiscales de Tribunal y de los Juzgados Superiores, función para la cual talvez regrese a ocupar su puesto el Ministro de Gobierno.

De los bienes positivos que un Gobierno puede hacer a la colectividad, el primero es la administración de justicia, como que a ella están vinculados honor y bienes. Su trascendencia, que va al fondo de la existencia civil, fue exaltada expresamente por el señor Presidente de la República en su discurso de posesión el día 7 de agosto, y debemos esperar a este respecto que las Asambleas estén por encima de combinaciones políticas y cálculos personales. Existen otras mullidas sincuras donde reposar a la sombra del Presupuesto: el sillón del juez debe estar marcado con el *noli me tangere*.

La reivindicación de los derechos departamentales en el Ferrocarril de la Sabana con motivo de las seis mil acciones vendidas a la Nación en la administración Reyes, el examen de títulos sobre el Ferrocarril del Norte y el capítulo Hacienda, ocuparán en gran parte las sesiones de la Asamblea de Cundinamarca.

Del capítulo Hacienda es punto cardinal la organización de la Renta de licores que, a pesar de reconocidos esfuerzos por mejorarla, ha sido improductiva, al paso que Antioquia, por ejemplo, con ese ingreso puso a flote sus finanzas. ¿No sería cuerdo dejar los eternos ensayos y seguir métodos probados, ya que no median grandes desemejanzas que dificulten su adaptación? Demasiado espacio se ha dado a rentas tan exiguas como las aduanillas—asimiladas últimamente a aduana fronteriza—teniendo por organizar una fuente de riqueza que, sin recargos ulteriores y contraproducentes, pondría fin a la azarosa vida fiscal del Departamento.

*
* *

Las últimas noticias de los Estados Unidos referentes al curso que se ha dado al Tratado Urrutia-Thomson han venido a despertar calladas expectativas. La Subcomisión

designada para estudiarlo está compuesta de tres Senadores: Root, quien no será partidario de un arreglo que envuelve para él y para el partido republicano reproche e improbación; y Swanson y Hitchcock, del partido demócrata, cuyos votos serán favorables, según toda probabilidad, a las negociaciones adelantadas entre Bogotá y Washington.

Se habla de que la Subcomisión del Senado introducirá ciertas modificaciones al Tratado y de que ellas comprenderán el texto del Artículo I y el pago determinado por el Artículo III. Pero siendo la esencia misma del Tratado una reparación moral y material a Colombia por hechos que nadie niega desde que el ex-Presidente Roosevelt hizo sus declaraciones habladas y escritas, no se comprende que las modificaciones puedan ser substanciales si los Estados Unidos buscan un arreglo.

La forma que el actual Gobierno americano—irresponsable de los asuntos de Panamá e interesado en repararlos—dio al Tratado de 6 de abril, ha sido encontrada excesiva por algunos allá, lo mismo que aquí hubo quienes la hallaran deficiente. Unos y otros olvidan que los hechos tienen su elocuencia propia, mayor que el significado ideal de las palabras, y se pierden en discusiones académicas que no afectan el fondo mismo de las cosas. Entre hombres de honor, la más amplia satisfacción que se da a un adversario es la mano tendida en silencio.

Además, el alcance de la firma puesta al pie del Tratado por el Plenipotenciario americano del modo más deliberado y solemne, honrosa para quien la puso y para su Gobierno, no desaparecerá con la improbación del Senado: tal firma encarna el espíritu mismo y la intención del gobierno de la Casa Blanca. Sólo que allá, como aquí, una corriente política, una mayoría adversa en las Cámaras puede entorpecer un acto oficial, independientemente de su justicia o conveniencia; y como los arreglos han

sido plataforma saliente en la política americana, lo que hoy está por nosotros, mañana, con un cambio de sistema, nos será irremisiblemente adverso.

Es inadmisibile que la modificación del Artículo III se refiera a cuantía. Mejor aún que nosotros saben en Washington lo que el despojo les dio y lo que el despojo nos quitó. Y la confianza que esta reparación debe reconquistarles en este país y en Suramérica vale para ellos incalculablemente más que una inconsulta economía de dinero. Lo verosímil es que dicha modificación se refiera al plazo y a la forma del pago.

La crisis financiera en que está envuelto el mundo entero, cuyas extremas resultantes nadie podría precisar todavía, han ofrecido una causa—real o aparente, pero innegable—para buscar alteración en el plazo; y es posible que se proponga también aceptar una parte en la forma de *civilización hecha*, o reconocer amistosas preferencias en la realización de algunas obras de progreso material, giro que fue sugerido aquí como deseable para Colombia por personas de la mayor autorización, cuando se discutía el Tratado de 6 de abril.

Está dentro de toda probabilidad que no sean otras las modificaciones que se puedan introducir.

La situación que atravesamos, como colombianos primero y luego como ciudadanos del mundo, impone la más alta serenidad. Los asuntos internacionales están en todas partes, por encima de estrategias políticas; lo que hagamos ahora debe ser obra común, como lo fue la del año pasado, y tanto el utilitarismo crudo como el romanticismo enfermizo deben transigir cuando se trata de salvar a un tiempo dignidad y conveniencia.

El Tratado Urrutia-Thomson es la última posibilidad de un arreglo directo. La oportunidad, que suele pesar como el mejor argumento, no aguardará para oír nuestra sabiduría parlamentaria; y en la antesala del Tribunal

de La Haya, si allí queremos ir, nos encontraremos con los derechos de media Europa, hollados, esperando.

La vía de todo Tratado es difícil y escabrosa, y en breve se va de Praga a Fontainebleau, pasando por Franckfort y Châtillon. Que nuestro lema sea hoy el de los plenipotenciarios de la Gran Bretaña en el Congreso de Berlín: *Paz con Honor*.

LA DIRECCIÓN.

UNA EXPLICACION

CAJAS de cartón a medio abrir; un sable cerca a una ventana; un abrigo militar tirado sobre un canapé, eran notas de desarreglo y señales de vida en el desierto de un vasto salón cuyos muebles reposaban envueltos en fundas grises. Aire pesado de habitación cerrada por largo tiempo; la araña embozada en su funda de muselina; bronce cubiertos en tela, con aspecto de escultura sin terminar. Largas bandas de gasa, que se dirían retiradas por una mano nerviosa, pendían de un cabellete colocado en plena luz; y sobre la barra un admirable retrato de mujer sonreía en la penumbra bajo un baldaquín de seda plegada.

Un hombre joven, robusto, de pelo castaño y piel tostada, se paseaba cabizbajo y tan absorto que a veces tropezaba con el muro. Entonces levantaba un momento la frente como para medir el obstáculo, y volvía a su paseo pensativo, triste.

La puerta se abrió con ruido y apareció un ordenanza.

—Capitán, el doctor Breton.

—¡Por fin!

Y se apresuró hacia la puerta con los brazos abiertos. El médico entró, tendió la mano. El capitán contuvo su impulso amistoso.

—Buenos días, Pedro.

El capitán le estrechó la mano:

—Tenía necesidad de verte, Armando.

Eran de una misma edad, de talla semejante. En el corte de cara había cierto parecido. El médico con sienes más anchas y labios más finos; más espontaneidad en los ojos del otro. Fuerte bigote cortaba las facciones regulares y viriles del soldado, el sol del trópico le había bronceado la piel. Junto a él resaltaba la palidez del médico.

—Te necesitaba con afán, continuó Pedro. Llegué anoche. ¿Recibiste mi telegrama? Gracias por venir inmediatamente. Hubiera debido ir yo, pero no hay seguridad de encontrarte sino en horas de consulta y no quería confundirme con tus pacientes.

—Pero también sufres. Tal vez consiga calmarte.... Al despertar me entregaron tu telegrama, y hubiera venido antes, pero quería reflexionar, hacer algo....

—Todos sabemos que no te perteneces.

El capitán, mientras hablaba, conducía de la mano a su amigo al fondo del salón, hacia unos sillones. Al llegar frente al caballete se detuvieron.

—¿Fuiste tú quien descubrió este retrato? Estaba envuelto como todo lo demás. Yo no había entrado aquí desde el día del entierro.

—Es lo único que me queda de Antonieta, respondió Pedro.

—Es mucho, no te quejes. Consévala en la memoria siempre así.

—Es un admirable retrato. ¿Cuándo fue hecho? ¿Antes de irte a Africa? Estaba ella entonces en su apogeo. ¡Cuán bella era! Y ahora: ¿qué quieres saber?... Cuan-

do la envolvimos en el sudario, estaba en todo el esplendor de su belleza.

El capitán escuchaba, los ojos húmedos, las manos cruzadas a la espalda, mordiéndose el bigote.

—Sabes que ignoro todo, que la familia de Antonieta nunca me ha perdonado la ida a Africa, que de su fin no tuve más noticia que un telegrama de sus hermanos mal dirigido, intencionalmente quizás. Luégo tu carta que me llegó al mismo tiempo, llevada por el mismo mensajero . . . Te confieso que no la he comprendido todavía, prosiguió poniendo las manos en los hombros de su amigo. ¡Ni un detalle, nada! Fórmulas, palabras . . . ¡Ah, he creído sospechar . . . ¿Fue ayer cuando me conociste, Armando? Necesitaba una explicación y me enviaste frases. Una de ellas era casi grotesca. ¿Qué interpretación darle? «Yo soy el responsable de su muerte» . . . ¿Era un modo delicado de insinuarme, que no pensara en honorarios profesionales? ¡Qué tontería! Si no tú, ¿quién me hubiera atendido a Antonieta? Si era imposible salvarla, ¿quién otro para cuidarla, velarla, sepultarla? He ahí todo cuanto supe por esos dos pedazos de papel llegados tarde, que leí entre la maleza del campamento, solo, tirado de codos en tierra. Cuando hube devorado mi dolor llevé el telegrama al jefe y me firmó permiso. En fin, llegué anoche, y no he querido ver a nadie sin hablar antes contigo.

—Has hecho bien. No creí que vinieras tan pronto; la hora fatal había pasado. Pensé que aguardarías hasta el fin de esa expedición y que entre marchas y peligros te sería menos difícil distraer tu tristeza.

—Habría enloquecido. Tenía imperiosa necesidad de saber, de venir a recoger los restos del naufragio. Y reanudó su paseo febril, las manos atrás, la cabeza inclinada.

—¡Tú sabes cuánto la quería!, dijo deteniéndose. Su familia me excomulgó por haber aceptado esa desgracia-

da misión en Africa. ¿Fue obcecación mía?... Es posible... La propuesta del comandante, la carta del Ministro, la ambición de gloria, la posibilidad de ser general... ¡pero todo por ella! Para que mis laureles la alcanzaran en plena juventud, para que con ellos resaltara más su blancura, sus cabellos, sus ojos... ¿Recuerdas, Armando, el azul de esos ojos?... Una palabra suya me habría detenido. Mi decisión estuvo en sus manos. «Sería una locura—fueron sus palabras.—No se rehusa lo inesperado». Convinimos en que pronto iría a reunirme. «Iré a hechizar tus salvajes», dijo riendo.

El médico quiso decir algo, pero Pedro continuó:

—Hoy aborrezco el Africa. Nunca volveré; ¡me ha costado tánto! El derecho de estar con ella... Los últimos recuerdos...

—Sí, hubieras debido estar con ella.

Pedro levantó la cabeza, como para aceptar el reproche.

—Pero no fue posible, continuó el médico. Era el Destino. Inútil desolarse por lo inevitable. ¿Quieres saber la verdad, toda la verdad? Tendrás una suprema explicación. A dártela he venido. ¿Me oirás con paciencia, sin interrumpirme, sin exaltarte?

—Esperaba tu explicación. Vamos a mi escritorio, en donde siquiera habrá dos sillas sin polvo y una mesa.

*
* *
*

Cuando entraron al escritorio, el ordenanza trabajaba todavía desempacando, sacudiendo. Salió para dejarlos solos y Pedro acercó las sillas que estaban esperándolos al lado de una mesa desnuda. Antes de sentarse, el médico se buscó en los bolsillos y colocó sobre la mesa un estuche de marroquín y luego una cubierta sellada con cinco escudos de lacre negro.

—¿Qué es eso? preguntó el capitán.

El médico se sentó con estudiada tranquilidad.

—Puedes verlo, contestó. Esto es un revólver cargado y esto es mi testamento. . . .

Pedro dio un salto que derribó la silla y quedó en pie, frente a su amigo, mirándolo.

—Cálmate, dijo Armand Breton. ¿Qué te imaginas? ¿Que he sido el amante de tu mujer? ¿Cómo te atreves a insultarla con una sospecha? Y se echó hacia atrás para encontrar mejor los ojos del otro. Pedro encogió los hombros, levantó su silla y volvió a sentarse sin replicar.

—He hablado sólo por ella—continuó el médico. Hubiera podido protestar en mi propio nombre. Tenemos tú y yo un pasado de treinta años de confianza, somos casi hermanos, más que hermanos. . . . No interrumpas; prometiste callarte. No me has ofendido. Soy médico y sé que no hay amistad que baste para poner algunos temperamentos al abrigo de sorpresas. . . . En cambio—prosiguió tras un silencio—yo no soy un impetuoso, creo en la razón y el método. Por esto mismo comprendo a los que no saben contenerse, como deber de mi profesión que es atenuar, desviar, transformar los padecimientos, ya que no siempre es posible curarlos. . . .

Breton volvió la silla para no perder el menor gesto de su amigo.

—¿Por qué había de amar yo a tu mujer, a ella precisamente? Puedes imaginarte si en mi carrera he palpado juventud y belleza. Sé que esto no significa nada, pero el roce me ha refinado el tacto y conozco la delicadeza de ciertas almas. . . . Mme. Deligny no era mujer para el amor: yo la quise con afecto franco, amistoso, primero por llevar tu nombre, luégo por ella misma, y más tarde cuando merecí su confianza y supe probarle que era realmente su amigo, un amigo seguro, inquebrantable. . . . El mejor que tuvo.

Pedro estrechó la mano de Armand Breton.

—Era flor de un jardín real—prosiguió reprimiendo pasajera emoción,—flor rara y magnífica. Vivía en el mundo admirándose, semejante a esas orquídeas que reabsorben su propio perfume y que tienen una razón de ser más profunda por su belleza decorativa. Su sola presencia ennoblecía la vida ordinaria, y no era ella para el amor ni para el dolor ni para nada que hubiera podido afectarla. Había nacido para el culto y la adoración. Bien conozo cómo la adoraste, yo que te vi partir para buscarle laureles mientras los demás te acusaban de ambición personal o de necio militarismo. Yo la admiré con todas las fuerzas que tengo para admirar lo que es bello, luego comencé a quererla, suavemente, con respeto. El día en que me dijo: «Doctor, Pedro se marcha, no me queda sino usted», me consideré como hermano suyo. Cuando me hablaste de ella la noche de tu viaje, tus palabras sobran. Mme. Deligny estaba a mi cuidado... He hecho lo que creí mejor.

*
* *

El médico prosiguió, tras breve pausa:

—Al decir bajo mi cuidado, se trataba de su salud, de su honor, de todo lo que una mujer sola puede necesitar. Por lo que toca a su actitud como mujer elegante, sus sentimientos, su modo de pensar, su aire de reina joven, libre y festejada, Mme. Deligny tenía dos consejeros de autoridad insospechable: su cariño por ti y el cariño que a sí misma se tenía. Este último era un deber: no en vano se recibe el dón espléndido de la belleza verdadera. Sólo a ti llegó a amar tanto como se amó ella misma. Y era tan sincero su afecto por ti, había en ese sentimiento tanta alegría y tanta seguridad! Tu partida fue causa de que la criticaran, también injustamente. Los mismos censores que te reprochaban que la dejaras por vanagloria de soldado, le reprocharon a ella que te empu-

jara al destierro por ambiciones de insaciable coquetería... Ambos mentían. Para Mme. Deligny fue cruel la separación. Había consentido por un movimiento análogo al tuyo: por abnegación, porque reflexionó, para evitar trabas en tu carrera... Hizo respetar su soledad, pero no quiso hacer de ella una viudez. Como te amaba, te sentía cerca, muy cerca... De su propia firmeza estaba tan tranquila, que no pensó en dejar su vida de mundo, ese mundo por donde pasaba como con una aureola, acompañada por tu recuerdo y sostenida por tu nombre.

*
* *
*

A fines de primavera hubo de hacer preparativos para el estío. Por estar tú ausente, no quiso viajar, y yo me encargué de elegirle sitio. Fue a un lado de Montretout, una casa pintoresca en la ceja de una eminencia que se alza sobre el río como un mirador.

Mme. Deligny aprobó mi elección. Allí sentía menos tristeza que en este departamento de París donde todo le recordaba tu ausencia.

Vi muy poco a tu mujer al comienzo de la nueva estación. Tú conoces mi vida. Sin esclavizarme demasiado, he aceptado sin embargo algunas obligaciones. Después del hospital, atiendo mi consultorio, y luego hago visitas. Hay que vivir, y hay que ganar el dinero decentemente, servir en cambio de lo que se recibe. Lejos estoy de ser retraído, pero no es fácil ausentarse de la ciudad. Apesar de esto, hice un esfuerzo por acompañar lo más posible a Mme. Deligny. Entre todas sus relaciones, mi compañía fue la preferida. Era el confidente para hablar de ti, y sintiéndome cerca comprendía que alguien velaba por ella. Esa intimidad me fue un placer, Pedro. Así pude, correo tras correo, hablarte de tu mujer por algún tiempo, sin pensar que los acontecimientos me harían callar

por temor de decirte la verdad. Un día, al despedirme, me siguió. Tenía visitas, y yo la insté para que no las dejara. Insistió y me condujo donde no pudieran observarnos, en la penumbra de la galería.

—Doctor, ¿qué tengo aquí?

Y se puso el dedo en la comisura de los labios.

—Polvos de arroz, le dije, y debería regañarla porque va a dañarse ese cutis de leche....

Se frotó la boca con el revés de la mano. En uno de los extremos tenía algo como una mancha lisa y rosada. La miré sin fijarme.

—Es una manchita. ¿Alguna picadura? ¿No? ¿No tiene idea? Alkali volátil y no más polvos de arroz. La semana próxima a mi regreso volveremos a verla. Ya no la recordará siquiera.

Cerca de la verja me volví para hacerle el último saludo de despedida. Madame Deligny se había detenido en una esquina de la casa; estaba poniéndose polvos en el labio con un pomo que había sacado de una cajita de plata, y se miraba en el espejo de la tapa. Partí sin ruido para no fastidiarla.

*
**

Al día siguiente volví a Montretout por la mañana.

¿Por qué? ¡Ah! ¿Por qué aquella noche, después de un sueño reposado y tranquilo me había venido como una obsesión la idea de esa mancha apenas entrevista la víspera y que ahora se me aparecía con nitidez desesperante de color y de contorno? ¿Por qué en la paz del despertar había saltado a mis ojos la singular translucidez de la dermis.... una translucidez interrumpida por la dilatación de las venas que buscan la superficie?... ¿Por qué adiviné la presencia de núcleos dispersos al rededor del foco central, invisibles todavía, pero que deberían aparecer tarde o temprano bajo la tersura de la piel?

Mi regreso inesperado no extrañó a madame Deligny. Había inventado un pretexto.

—¿Sabe lo que me ha pasado? le dije al entrar. Un caso urgente y raro me trajo al amanecer a Montretout. . . .

Entré en algunos detalles profesionales. Ella me escuchaba en silencio.

—¿Quiere convidarme a almorzar?

Llamó y ordenó mi cubierto.

Al cerrarse la puerta detrás del sirviente, se dirigió a la ventana y, como el día anterior, se frotó los polvos para mostrarme el labio. Yo la observaba con disimulo. Prolongué el examen aparentando indiferencia. Para mí estaba por demás. La visión de la noche me había revelado el aspecto, el carácter, el origen y alcance del mal. La verificación fue fácil, y la completó el estudio de ese rostro que se me ofrecía ahora en plena claridad, sin artificios de peinados y adornos. Me impresionó su enflaquecimiento. El óvalo se había alargado afilando la redondez de la barba y ahondando los ojos. El color, cuya reputación se sostenía con recursos de tocador, mostraba a la luz tonos amarillos con reflejos terrosos. ¿Cómo habían podido escapárseme hasta ahora todos estos síntomas? Muy sencillo, amigo mío. Por un efecto de luz, madame Diligny acababa de descubrirme lo que de ordinario disfrazaba con el arte más minucioso. El ojo, si no se le despierta, sigue viendo lo que tiene costumbre de ver. ¿Dónde imaginarme que hubiera un secreto en la disposición de esa cabellera negra, cuyos reflejos bajo el sombrero de paja admiraba horas antes? Madame Deligny se separó las ondas de pelo. Hubiera podido contarle en ese momento los mechones desteñidos que había entre la oreja y la sien, y que ella cubría con una graciosa ondulación.

—¿Le duele? pregunté.

—A veces, pero de ordinario es como la sensación de algo que oprimiera ahí bajo la mancha; después, por intervalos, una especie de lancetazo. . . .

Y agregó:

—El dolor no se ve, eso sería lo de menos. . . .

Yo la interrumpí:

—El sueño, ¿qué tal?

—Muy alterado, con accesos de fiebre.

—¿Y el apetito?

—Casi perdido.

—Estamos! exclamé, aparentando alegría, ese es el mal.

¿Quiere adelgazar para sorprender a Pedro?

Mme. Deligny no atendía a mis palabras.

—Doctor, cree usted que *eso se verá* por mucho tiempo?

Vacilé un momento en contestarle, no fuera a escapárseme la menor palabra que pudiera alarmarla. Ante todo debía ocultarle la verdad, infundirle esperanzas, aunque cada día la realidad viniera a desmentirme. Sus ojos acechaban mi respuesta con expresión que no olvidaré. Tienes razón, Pedro, nunca he visto azul más bello que el de esos ojos.

—Hay que tener paciencia, le dije para ganar tiempo, y pidiéndole excusas le palpé el labio y la barba. Ahí estaban las induraciones, insensibles y numerosas, que parecían huír bajo la presión. Era imposible abrigar la menor duda, por más que yo mismo quisiera engañarme.

—Necesita paciencia, le repetí reposadamente, y usted la tendrá. Hay que aguardar a que esto se desarrolle para precisarlo completamente y poderlo extirpar. Confíe en mí, no es nada serio.

Para no dejarla pensar ni interrogar ensarté así palabras sin significado; pero ella presentía. . . . Hubo una pausa.

—¡Desfigurada!, murmuró de repente, en voz casi imperceptible, como si ella misma temiera oírse. Repitió por dos veces la misma palabra: ¡Desfigurada!

Se le agrandaron las pupilas, como si hubiera visto un abismo. Yo me afané por tranquilizarla, lo que era imposible. Pretender engañarla era otro absurdo. Aparentó prestarme atención, pero cuando habló comprendí que sólo atendía sus propios pensamientos.

—Podría ir a reunirme con Pedro, me dijo. Tal vez los negros no se espantaran . . . E interrumpiéndose :

—¿Quién sabe? Tal vez ni el mismo Pedro me reconocería.

Y estalló en risa convulsiva que degeneró en sollozos y crisis de nervios.

La hice recostar y di instrucciones a su camarera. Cuando me despedí se hallaba algo calmada y le di un narcótico.

—Mañana volveré, le dije. Esta noche haré que duerma. Confíe en lo que yo le ordene y no consulte a nadie. Soy su médico y el amigo de Pedro.

*
* *

Desde entonces mis visitas se hicieron diarias, y ya no se asombraba ni se inquietaba viéndome llegar, a pesar de haberle dicho la víspera que todo marchaba bien.

Una especie de inconsciencia enervante se había apoderado de ella. De un día para otro dejó de recibir, y el ruido de su indisposición circulo inmediatamente en París, sin que nadie le atribuyera otro origen que una afección nerviosa o un acceso de melancolía. Ni sus hermanos siquiera parecieron inquietarse. Mme. Deligny se había disgustado con ellos con motivo de tu viaje, y no fueron a verla, ni ella los hubiera recibido. Sólo yo la veía. La encontraba casi siempre en la terraza que da al bosque, recostada en una meridiana. Allí pasaba las horas siguiendo el progreso del mal en el cristal de un pequeño espejo. El tono amarilloso de la piel y la flacura iban en

aumento. Las induraciones progresaban con rapidez característica. Un día me dijo:

—Mi madre murió de cáncer, con sufrimientos terribles, pero la enfermedad no se veía. Y añadió:

—Amigo mío, entre un mal como éste, en la cara, y el suicidio ¿qué escogería usted?

Dije algo para darle confianza y fingió creerme. Sin embargo, me preguntó al día siguiente si no convendría reunir una consulta.

Ya no me creía. La predisposición y los sufrimientos facilitaban el terreno para el avance rápido del mal. Las fuerzas y el estado general iban en decaimiento; la irritabilidad nerviosa comenzaba a predominar. Ambos procurábamos hablar de asuntos diversos para no evocar espectros. . . . El espejito con marco de plata no la abandonaba, y su imaginación le hacía ver lo que no existía aún. Su ruego constante era que te ocultara su mal. La enloquecía la idea de tu vuelta, de tu sorpresa, de tu dolor. Por esto, y porque yo mismo temía para ella la menor sobrecitación no te di el aviso a que tenías derecho. La culpa es mía, puedes quejarte con razón. Si obrando así di a tu mujer breves instantes de calma, no me arrepiento.

A veces la ilusión volvía, y cuando ponía cuidado en disimular el mal tornaba a ser bella, con belleza distinta: en vez del brillo de antes, una dulce languidez. Yo veía con terror acercarse el día de las crueles manifestaciones externas. . . . Le tomé las manos para inspirarle más fe en mis palabras.

—Créame, le dije; si el mal fuera lo que usted se imagina, nos quedarían los progresos que se han hecho y todos los recursos de la cirugía. Yo mismo le traería el operador. Cuando vuelva Pedro ya estará buena.

—¿Y eso reaparece?

Ante la angustiada interrogación de sus ojos, cuyo azul avivaba la fiebre, era imposible la mentira. Sí. . . . eso se

reproduciría. Una operación no haría más que retardar la tortura, la recaída era inevitable. . . . ¿Para qué amargar tus recuerdos con estos detalles? El mal, contra el cual se estrellaban los pobres recursos de mi ciencia y los deseos intensos de mi afecto y de mi compasión, era de aquellos superiores al hombre, que relajan tejidos, se extienden, se renuevan sin ceder a ningún tratamiento. . . . La mirada de Mme. Deligny seguía interrogándome, acechando mi vacilación, buscándome el fondo del alma. Logré responderle con acento que se impuso a su confianza:

—Eso no reaparecerá!

Sonrió y dejó caer la cabeza sobre los almohadones de seda clara, con suave lasitud.

—Doctor, me pongo en sus manos. No diga nada a Pedro. Usted no es su amigo, sino mi mejor amigo, mi hermano.

He tratado de merecer este título.

Debía ir a París, y ella me rogó que volviera a comer en su compañía. Con la esperanza había recobrado su sociabilidad y el deseo de agradar. Una luz amortiguada alumbraba la mesa. Sobre los cabellos recogidos se había puesto un espléndido encaje; los ojos, contrastando con su palidez, parecían lanzar destellos sobrenaturales y trágicos. Llevaba un traje blanco, flotante, sostenido de la garganta por un broche de oro y esmalte que lo hacía asemejarse a una clámide. . . . Fue mi última visión, fíjala muy hondo en la memoria, ella completa e idealiza el retrato que tienes allí. . . . Me despedí para alcanzar uno de los últimos trenes. Ya no podía ella dormir sin narcóticos y le di con mi propia mano el que había llevado esa tarde. Lo tomó con una sonrisa de niño consentido, obediente, confiada.

—Han sido unas horas alegres, ahora voy a dormir. Usted es mi ángel de guarda. . . .

Salí sin una palabra más y ella se durmió con el sueño que no tiene mañana. . . . La poción llevaba ácido cianhídrico.

El médico calló esperando lo que dijera su amigo.

Pedro permaneció inmóvil. Durante el relato había cruzado los brazos sobre la mesa y hundido en ellos la frente. El médico se levantó y le puso una mano en el hombro. Pedro se estremeció al contacto, se puso en pie, retiró la silla. Los dos hombres se encontraron frente a frente, a tres pasos. . . . Armando prosiguió:

—Tenía que rendirte estas cuentas y por eso traje mi testamento y un revólver. Están cargados los seis tiros. . . . En la cubierta hay escritas unas breves instrucciones.

El capitán sacó el arma del estuche y retiró las seis balas una a una. Encendió en seguida una bujía y con la misma pausa metódica quemó el testamento.

El médico esperaba, callado, pálido.

—Es inútil, creo, pensar en volvernos a ver, dijo Deligny sin acercarse.

Breton se alejó en silencio; cerca de la puerta se detuvo.

—¿Te vuelves a Africa?

—Sí.

En la calle Armando consultó el reloj. Su coche esperaba hacía dos horas. Subió rápidamente y ordenó:

—Al hospital.

DICK MAY.

(Traducción especial para la REVISTA MODERNA).

De la Ciudad.

Nos es grato dar la bienvenida a este importante colega, cuyo selecto personal de Dirección e interesante y artístico material le auguran éxito merecido. *Cultura* está llamada a ocupar puesto del más alto honor en la prensa literaria nacional.



Tonel de las Danaides.

La incomunicación en que la capital se ha encontrado durante los últimos quince días con el Exterior y con los Departamentos del litoral atlántico, incomunicación que puede prolongarse indefinidamente y que nos ha hecho regresar a tiempos coloniales, nos sugiere de manera elocuente el fracaso de las labores de la Junta de limpia y canalización del río Magdalena.

Entendemos que a las cajas de dicha Junta entra anualmente una suma no menor de catorce o quince millones de nuestra moneda. ¿Cómo se invierte tan respetable cantidad? Para que la respuesta sea satisfactoria no basta que se nos diga que las cuentas respectivas, escritas en letra caligráfica, sin borrones ni enmendaduras y ceñidas a los reglamentos de contabilidad oficial, duermen el sueño de los justos en la Corte del ramo. No. Necesitamos saber si la inversión que a esos millones se da es la inversión eficaz e inteligente que daría a su capital una empresa particular. En vista del fracaso en los resultados obtenidos por la Junta, nos atrevemos a creer que no es así.

A este propósito nos ocurre inquirir si la Junta ha pensado en que con la Compañía americana del Canal de Panamá, ya que esta obra ha terminado, podría adquirir elementos tales como dragas, etc., a precios seguramente más bajos que los que la Junta obtiene en Londres o Nueva York, por el material que ha podido pedir para la eternamente proyectada limpia y canalización del río Magdalena.

Igualmente deseamos conocer el plan científico que la Junta ha seguido en sus trabajos y si en él se ha tenido en cuenta el procedimiento empleado en otros países para la canalización de ríos de curso tanto o más variable que el Magdalena, y el que ha dado satisfactorios resultados en la práctica. El Hudson, el Nilo y el Misisipí pueden servir de ejemplo.

Nos atrevemos a sugerir al Gobierno —y estamos seguros que en nuestra iniciativa nos acompaña en masa el comercio del interior— la necesidad de reorganizar la Junta de limpia y canalización del río Magdalena. El personal de la nueva Junta pudiera ser nombrado así: un miembro por el Gobierno, y quizás debería designarse al Gobernador del Departamento del Atlántico; y sendos miembros por las empresas de navegación fluvial, por las Compañías Colombiana y Nacional de Seguros y por las Cámaras de Comercio de Bogotá, Medellín y Barranquilla.

Ojalá que los cuantiosos fondos que maneja la Junta de limpia y canalización no se hayan visto expuestos a correr la misma desgraciada suerte de los de la Junta para la extinción de la langosta.

La Junta de Tenedores de Bonos.

El esfuerzo que, en buena hora, está haciéndose para pagar religiosamente los cupones de nuestra deuda externa cuando naciones más ricas se han visto obligadas a interrumpir igual servicio, nos ha hecho pensar que las relaciones de amistad y comercio que nos unen a Europa, y que están casi totalmente vinculadas en Londres, tienen gran semejanza con ciertas monedas antiguas que muestran en el anverso una figura en relieve y en el reverso la misma figura en hueco. Para nosotros el reverso de los deberes y para ellos el anverso de los derechos.

El reciente reclamo sobre violación de neutralidad, que si no fue insidioso, revela un perfecto desconocimiento de nuestra actitud y de nuestras circunstancias, y la presión diplomática que quiso ejercerse en favor de entidades indignas del apoyo del *Foreign Office*, nos hacen recordar la existencia en los archivos del Consulado General de Colombia en Londres de unas cartas cruzadas en 1898 entre el Secretario de la Junta de Tenedores de Bonos, Mr. Cooper, y el Encargado de Colombia para la conversión de la deuda en ese entonces, las cuales tienen trascendental importancia para nosotros. ¿No se deslizarían en alguna forma entre los bonos convertidos en 1905 unos bonos desvalorizados de la Casa de Robinson & Fleming, que representan una suma de gran consideración, y a los cuales se refiere la correspondencia de que hablamos? Tal vez Mr. Cooper, que aún actúa como Secretario de la Junta, pudiera ilustrarnos sobre este asunto que reviste especial consecuencia para los intereses de Colombia y que no sabemos haya sido mencionado por los que han estudiado el arreglo de 1905.

Informes bancarios.

Satisfactorio en cualquier época, y más ahora, dadas las dificultades financieras actuales, ha sido el resultado obtenido en el segundo semestre bancario de 1914.

El Informe del Gerente del Banco de Bogotá trae una importante exposición sobre las causas que han determinado la emigración del oro. La baja en el cambio sobre el Exterior y la disminución en las importaciones, influirán para contenerla, así como el impuesto del 1 por 100 *ad valorem* sobre la exportación del oro amonedado. (Decreto número 37 de 1915).

La actuación de los Bancos en la presente crisis—para la cual no podían estar preparados—es el mejor elogio de su organización. Debemos pensar en que por el momento nos encontramos aislados del crédito extranjero, y que sólo en nuestras propias fuerzas podremos encontrar los medios para resolver nuestros problemas financieros, en mutua colaboración entre el Gobierno y la institución bancaria.



Concurso. Deseosa REVISTA MODERNA de publicar en su sección literaria sólo obras inéditas de autores nacionales, ha resuelto abrir un concurso para premiar la mejor NOVELA CORTA CON ARGUMENTO HISTÓRICO NACIONAL que le sea dirigida antes del próximo 30 de mayo, fecha en la cual quedará cerrado el concurso.

Las obras enviadas deberán tener extensión no mayor de quince páginas de la REVISTA, y se firmarán con pseudónimo. En cubierta sellada y separada deberá venir el nombre del autor.

El vencedor será premiado con un objeto de arte, y su obra se publicará en la entrega de REVISTA MODERNA correspondiente al próximo mes de julio.

Del importante y detallado informe que la Junta Directiva del Tranvía presentó a la Junta Administradora sobre la marcha y administración del Tranvía en el año de 1914, tomamos los siguientes datos que arrojan luz sobre el desarrollo creciente de aquella dependencia municipal y sobre la manera como ella es administrada:

Pasajeros transportados en 1914	5.325.884
Pasajeros transportados en 1913	4.566.892
Aumento en 1914	<u>758.992</u>
Gastos de explotación en 1914	119.789 02
Gastos de explotación en 1913	108.133 88
Aumento en 1914	<u>11.655 14</u>
Rendimientos netos en 1914	149.299 39
Rendimientos netos en 1913	122.782 29
Aumento en 1914	<u>26.517 10</u>

Calculando que Bogotá tenga 130.000 habitantes, aparece que cada habitante hizo uso del tranvía cuarenta y una veces en el año de 1914.

Teatro de Colón. Actúa en el Teatro de Colón la Compañía dramática Ares. Cuenta con variado repertorio extranjero, y anuncia que pondrá en escena obras de autores nacionales.

Causas diversas determinan la pobreza de nuestro teatro nacional. Mejor dicho, no existe todavía. Necesitando del estímulo la obra de arte, como del aire la planta, no tenemos autores porque sólo de tarde en tarde nos visita una compañía dramática; y carecemos de una compañía nacional que pudiera poner en escena las obras de autores colombianos, porque nuestros actores han carecido de escuela y no han podido, por lo tanto, no obstante sus dotes naturales, hacer lucida y lucrativa carrera artística.

Sólo en el diario contacto con la realidad del teatro se aprende a escribir para el teatro. El novelista puede hacer obra de arte en la abstracción del estudio; el dramaturgo, a más de saber analizar y crear la vida, necesita conocer en años de experiencia ese mundo artificial, indispensable para la exteriorización de su pensamiento, que se llama el arte del teatro.

Algunos lisonjeros ensayos hechos en épocas anteriores nos dan fundamento para esperar como posible el que a la escena del Colón pueda subir ahora la pieza que, la primera, cuente como obra de arte en nuestra literatura dramática nacional.

Las letras patrias están de duelo con la muerte de las señoras doña Eufemia Cabrera de Roa, doña Hortensia Antomarchi de Vásquez y doña Agripina Montes del Valle. Debemos recordar de esta última poetisa, su inspirado canto *Al Tequendama* y su poema épico *El Pijao*, inédito en su mayor parte, y cuya publicación sería de desearse por quienes aspiren al advenimiento de un arte nacional, libre de extranjeras sugerencias.

Presentamos igualmente el testimonio de nuestro pérsame a las familias de la señora doña Ana Ferro de Rodríguez, doña Elena Larrazábal de Escobar, doña Eudoxia Martínez de Vargas, y a las de los señores don Wenceslao Borda y doctor Luis Fernando Otero.



En el número 3.º de REVISTA MODERNA, «Páginas olvidadas»: *El General Páez* (recuerdos personales), por el doctor Salvador Camacho Roldán. *Introducción al estudio de la Filosofía de la Historia*, por Emilio Cuervo Márquez.

BIBLIOGRAFIA

Escritos de Marco Fidel Suárez. Prólogo de Antonio Gómez Restrepo. Primera serie (Bogotá)—Casa editorial de Arboleda & Valencia (MCMXIV).

El señor Suárez es considerado como el más clásico de los actuales prosistas colombianos y como maestro del buen decir: de aquí que el tomo de sus escritos, en el cual se coleccionan estudios filosóficos y biográficos del más variado interés, deba figurar en la biblioteca de toda persona a quien preocupe el conocimiento de nuestros hombres y sus ideas.

Tomamos del magistral ensayo sobre don Miguel Antonio Caro: «La civilización en la América Latina no puede, debido a múltiples causas, desenvolverse de un modo regular ni imitar en un mismo grado todos los aspectos que presenta en el Antiguo Mundo. Las condiciones físicas de estos países, sus luchas políticas, reducida población y antecedentes históricos estorban especialmente que la cultura intelectual cobre la extensión y profundidad de que la población es capaz. Aquella cultura, luz de la humana inteligencia, no ilustra simultáneamente todos los espíritus, así como el sol ilumina primero las cimas de los montes, después los flancos de las monañas y borra por fin en los valles las sombras de la noche».

El mirador de Próspero. José Enrique Rodó (Montevideo, José M. Serrano, Editor).

El eminente pensador suramericano ha coleccionado con este título artículos diversos, publicados de 1895 a 1912. Entre ellos debemos citar *Rumbos Nuevos*, *Montalvo*, *Río Branco*, y muy especialmente el ensayo sobre Bolívar, que es obra maestra por el alto sentido crítico que lo informa y por la belleza de la dición.

Al azar tomamos del discurso pronunciado por Rodó en el banquete ofrecido a Anatole Françe, a su paso por Montevideo en 1909: «... En su obra lenta y penosa de cultura, estos pueblos de América han sido forzosamente, hasta hoy, tributarios del espíritu europeo. Somos aún, en ciencia y arte, vuestros tributarios; pero lo somos con el designio íntimo y perseverante de reivindicar la autonomía de nuestro pensamiento, y hay ya presagios que nos alientan a afirmar que vamos rumbo a ella».

Recomendamos a la juventud colombiana la obra de Rodó (*Ariel*, *Liberalismo* y *Jacobinismo*, *Motivos de Proteo*) como indispensable para su mejor cultivo intelectual.

Obras inéditas de don Manuel Pombo, publicadas por su hijo Lino de Pombo. Prólogo de Antonio José Restrepo. Editadas por Camacho Roldán & Tamayo (Bogotá. 1914).

Importante es el servicio que don Lino de Pombo ha prestado a las letras patrias con la compilación, en elegante volumen, de las obras inéditas de su señor padre don Manuel. Para quienes, en momentos en que se transforma nuestra vida social, guardamos culto a lo que fue y vemos con pesar alzarse la piqueta demolidora sobre bastiones coloniales y sobre costumbres que durante tres siglos fueron las de nuestros antepasados, el libro del señor Pombo tiene el carácter, doblemente interesante, de narración íntima y de documento histórico.

Del bien cortado prólogo del señor Restrepo copiamos: «Fue fortuna para Antioquia esta visita de un espíritu tan penetrante, tan justo y que grababa sus impresiones con pluma tan donosa, tan sobria en el adorno de la frase y tan castiza al mismo tiempo». Y más adelante: «Tomando en general el cuerpo de escritores contemporáneos de Pombo, hay que convenir en que éste los aventaja a todos en el manejo de la lengua, en la sobriedad amplia del estilo y en la recatada pulcritud y voluntaria humildad con que quiere esconder su propio mérito».

El Brasil a través de su historia, por Gustavo Arboleda R., con una carta-proemio del doctor Rafael Uribe Uribe (Bogotá. MCMXIV. Arboleda & Valencia, editores).

El Brasil ha permanecido casi totalmente ignorado y desligado de los colombianos. El libro del señor Arboleda, copiosamente documentado, nos instruye sobre cuanto concierne a la gran República limítrofe. Los capítulos referentes a instrucción pública, fomento agrícola, hacienda, industria y comercio, tienen para nosotros carácter de positivo interés.

Reproducimos del proemio: «... No dudo del buen éxito que el tomo tendrá aquí, en el Brasil y en los demás países de América, especialmente por su carácter de contribución muy apreciable para fijar el sentido histórico de sus diversas nacionalidades, del papel peculiar que a cada una le tocará desempeñar en lo futuro y de la necesidad que todas tienen de abrir, por la confederación espiritual, el camino a la confederación pública, si es que quieren conjurar los peligros que las amenazan».

América latina ante el peligro, por Salvador R. Merlos (Imprenta Nueva de Gerardo Matamoros. San José de Costarrica. 1914).

El autor apunta en este libro el peligro que para los países hispanoamericanos encierra la política expansionista yanqui. Después de hablar de la intervención americana en Nicaragua y Méjico y del peligro de un protectorado para Cuba, Puerto Rico y la República Dominicana, dice de Colombia, en relación con la pérdida de Panamá y con el proyecto de Tratado al estudio del Congreso americano: «... Colombia se ha mantenido firme y serena; su actitud ha sido muy noble y su proceder muy recto. No desmiente la hidalguía de sus próceres. Ultimamente se habla de arreglos que, dado el patriotismo colombiano, no deben ser en nada deshonrosos. Se habla también de dólares. La cuestión Panamá no es cuestión de tanto por ciento, como las que se desarrollan en Wall Street, sino cuestión de dignidad nacional. A la indemnización pecuniaria debe seguir la indemnización de honor, que es a más importante».